





Pablo y Virginia

constituyen el símbolo legendario de la excelsa belleza; de la juventud en toda su fuerza; de la más acabada pureza de cuerpo y de alma.

IPERBIOTINA MALESCI

es la concentración real de esas cualidades, es la encarnación científica de la leyenda. Lleva al cuerpo humano salud, belleza y energías juveniles.

Preparación patentada del Establecimiento Químico
Dr. Malesci - Firenze (Italia)

Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

Venta en las Droguerías y Farmacias

M. C. de Monaco

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina
Viamonte, 871 - Buenos Aires

NOTA.—El precio de la IPERBIOTINA MALESCI, no ha sido alterado en lo más mínimo y no debe por tanto pagarse ni un solo centavo más de lo que siempre se ha pagado.

BELLEZAS DE LA NATURALEZA

Ridícula resulta la manía de Tartarín y sus conciudadanos que, según Alfonso Daudet, realizaban excursiones «alpinas» a una montaña humilde de Tarascón. Queriendo huir de ese ridículo, el propio Tartarín fué a los verdaderos Alpes para hacer reír a los lectores del gran escritor provenzal.

Pero, en medio de lo grotescas que son las excursiones de los tarasconenses, hay que admirar en ellas un fondo de justo cariño hacia la patria chica.

Nos quejamos de no ser profetas en nuestro país, sin comprender que nunca tenemos a la patria por profetisa.

Todas estas reflexiones acuden a los puntos de la pluma, en cuanto se tienen ante los ojos fotografías como la presente. Ya lo han dicho innumerables escritores: no se necesita ir a buscar los Alpes a Europa, teniéndolos en la casa. El Iguazú, las serranías argentinas, los paisajes andinos, para nosotros; el lago Titicaca para los peruanos y bolivianos, etc., deberían constituir los ideales turistas del sudamericano. ¡Qué mayores y sorprendentes bellezas puede ofrecernos el suelo europeo!

Estos dos mudos testigos de misteriosas revoluciones geológicas y humanas, estos dos obeliscos que la naturaleza elevó para afirmar un magnífico poderío, vienen a ser las columnas



EFFECTOS VOLCÁNICOS EN LA REGIÓN DE TITICACA

de un Hércules americano. El Non Plus Ultra que el desamor a las cosas de la tierra natal constituye el lema del turismo de este medio continente, debe convertirse en el Plus Ultra, el más allá.

El Titicaca se llama modestamente lago o lagos, siendo un verdadero mar de salobres aguas, un Mediterráneo de 8.300 kilómetros cuadrados de superficie, que por un alarde de las terribles y fecundas fuerzas volcánicas está situado a 3.835 metros sobre el nivel del mar, en el sitio donde hubo una imponente cordillera. Sus costas son maravillosas, sus islas y penínsulas prodigios de paisaje. Allí, donde las aguas del gran lago siempre tibias desafían sin congelarse las más altas temperaturas, vivió una raza poética y fuerte que ha dejado vestigios de una civilización admirable. Ruinas de templos, palacios y fortalezas brindan al curioso y al sabio ocasión para leer la historia de los hombres que lucharon por el progreso. Un pueblo desconocido, pero que, a juzgar por los vestigios, era poderoso e ilustrado, disfrutó y sufrió los encantos de aquella naturaleza pródiga. De la más hermosa de las islas, la de Titicaca, se cree que salieron el célebre Manco Capac y su esposa Mamaoclla para conquistar el Perú donde establecieron el poderoso imperio inca.

LOS PELIGROS DE LA DESESPERACIÓN

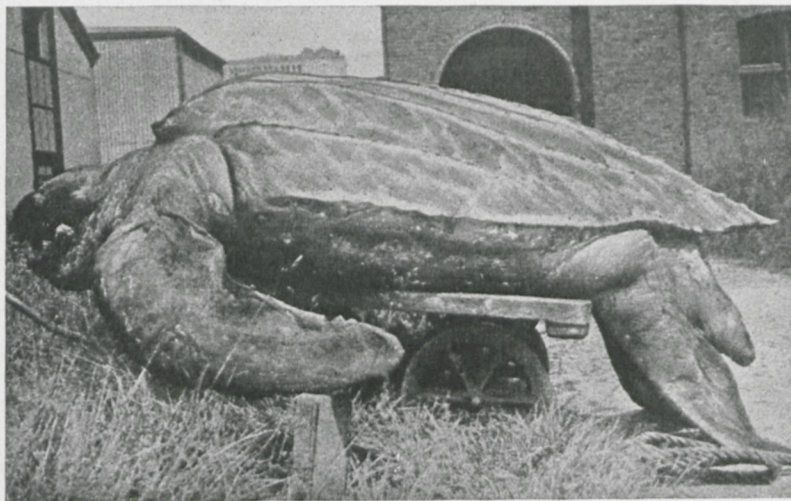
Ningún enfermo del estómago e intestinos, por crónica y rebelde que sea su dolencia, debe desesperarse. Muchos han consultado notabilidades médicas sin encontrar alivio, y al tomar STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos, han recobrado la salud. Las fermentaciones anormales del estómago producen acedías y vómitos, que se corrigen inmediatamente con este medicamento. Quita las náuseas, ardores epigástricos, y la digestión se normaliza, el enfermo come más, digiere mejor y se nutre. Es de resultados positivos en las diarreas y disentería. Venta en Farmacias y Droguerías. Pidan folleto a CARLOS S. PRATS, San Martín, 66, Buenos Aires.





Oporto DOM LUIZ exterioriza una modalidad de "savoir faire", de elegancia y buen tono. Encuadra dentro del ambiente del suntuoso hall a la hora del té o del lujoso comedor al servirse las comidas. Presentando el Oporto DOM LUIZ a sus invitados, usted da completo realce a sus recepciones.

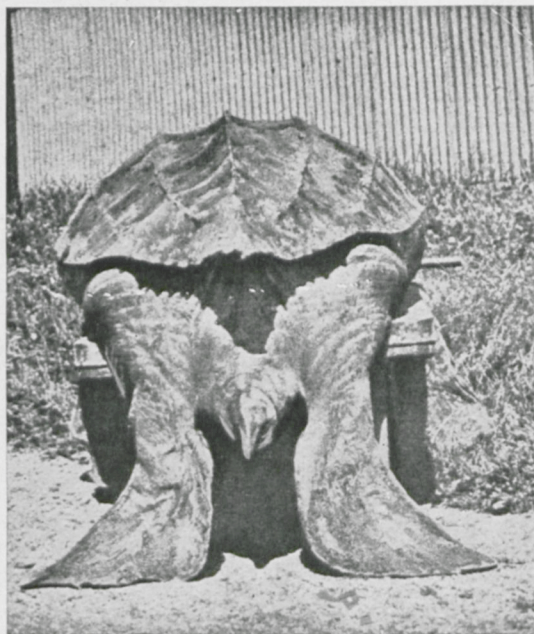
UNA TORTUGA MONSTRUOSA



TORTUGA DE LAS LLAMADAS «CORREOSAS», PESCADA EN LOS MARES DE LAS ISLAS SCILLY.

El Museo Británico de Historia Natural se ha enriquecido últimamente con un hermoso ejemplar: una enorme tortuga de las llamadas «correosas» por estar su caparazón asentada en una especie de cuero muy resistente. Este queloniano es muy raro, y el ejemplar de que se trata fué encontrado en una de las grandes redes de acero que la marina británica tiene tendidas en los mares de las islas Scilly, para pescar submarinos alemanes.

La familia de las tortugas, — escribe a este respecto el profesor W. P. Pycraft, — ocupa un puesto único entre los vertebrados, porque se caracterizan por tener el esqueleto del tronco unido a una armadura exterior, compuesta de placas óseas que forman una concha; pero en la tortuga llamada *correosa*, el esqueleto es casi independiente de la concha, y ésta, en vez de estar formada por placas óseas simétricas de regular tamaño, está compuesta por plaquitas pequeñas, que descansan directamente sobre el cuero, de donde su nombre de *correosa*. Aun los naturalistas no se han puesto de acuerdo respecto a la naturaleza de la concha de esta tortuga, pues mientras unos creen que es la concha primitiva de los quelonianos, otros suponen que se trata de una degeneración.



LOS MIEMBROS TRANSFORMADOS EN ÓRGANOS PARA NADAR.

Los miembros de estos animales han sufrido también una evolución, paralela probablemente a la de la concha. Originalmente destinados a sostener el cuerpo en la tierra, se han convertidos en órganos para nadar. Esta evolución se ha producido también en muchos otros vertebrados, y en diferentes periodos de la historia del mundo. Entre los reptiles, por ejemplo, pueden citarse los casos del cetosauro y del plesiosauro, el del pingüino entre las aves, y el de las ballenas entre los mamíferos.

Aunque esta gigantesca tortuga se encuentra en todos los mares tropicales y subtropicales, es, sin embargo, extremadamente rara, y se sabe muy poco acerca de sus costumbres y de sus alimentos. Un tiempo se creyó que se alimentaba de yerbas marinas; pero parece que es realmente carnívora. El examen del ejemplar del Museo Británico de Historia Natural, hizo ver que tenía el estómago vacío; pero en la parte inferior del intestino había muchos crustáceos pertenecientes a los conocidos con el nombre de «anfípodos», que viven en la superficie del mar. El profesor Pycraft, que practicó el examen, esperaba encontrar restos de jibias; pero no los había, de lo cual deduce que ese crustáceo no constituye el alimento ordinario de la tortuga *correosa*. Este animal originario de las Antillas Danesas, tiene la boca y el gástrico guardados de grandes espinas, tan duras como las púas del puercoespin. Para tragar, no hay dificultad, y el alimento pasa fácilmente; pero echarlo fuera es imposible.



EL PREPARADOR DEL MUSEO, ABRIENDO LA BOCA DE LA TORTUGA CON UN GARFIO.

Corsés Mme. Irène

Exclusividad de

A LA CIUDAD DE LONDRES



Los corsés de Madame Irène se confeccionan en todos los tamaños y gran número de modelos. Los materiales son de superior calidad, tejidos conforme a instrucciones de Madame Irène, y las ballenas pertenecen a la clase más fina que puede obtenerse. Esta uniforme superioridad, garantiza la duración del corsé y permite conseguir ese efecto suave y flexible que representa el distintivo de la moda. Desde \$ 25.—

A LA CIUDAD DE LONDRES

C. PELLEGRINI
y CORRIENTES



POLVO GRASEOSO
LEICHNER

EL POLVO DE LA
DAMA ELEGANTE

Suaviza y embellece
el cutis.

Probarlo es adoptarlo.

En venta en la farmacia o perfumería
más próxima donde Vd. se encuentre.

Mendel y Cía.
Belgrano, 561

En MONTEVIDEO - Macedonio Ferrari,
Juan Carlos Gómez, 1513
En ASUNCION (Paraguay),
Guillermo Peroni
Ayolas esq. Benjamín Constant



UN REBAÑO

DIBUJO AL CARBÓN
DE NICANOR VÁZQUEZ



SANTA ROSA DE LIMA

PATRONA DE AMÉRICA

«Prodigio de gracia en el Nuevo Mundo: rosa olorosa del rosal dominico»; tal llamaron los poetas a aquella virgen mística, nacida en la ciudad de los Reyes para engalanar el Martirologio romano y perfumar, con su devoción y sus virtudes, la vida nueva del antiguo imperio de los Incas... Como a Santa Teresa de Avila, parece acompañarla un nimbo de beatitud desde la cuna hasta el sepulcro. Mas alucinada aún por su poderosa fe, las penitencias impuestas a su cuerpo por el ascetismo transfiguraron en una santa, en esa edad en que la primavera de la vida abre sus amapolas en el corazón de todos los seres.

Ya en el primer peldaño de su existencia llevó en sus mejillas los albores rosados de una anunciación. Isabel pusieronla por nombre sus padres, ante la pila bautismal. Pero había en su rostro colores tan vivos como los de una rosa de Alejandría que se entreabre a la luz de la mañana. Y su madre, impresionada por la belleza de su pequeña niña, la denominó Rosa. Y Rosa la llamó misteriosamente, al confirmarla más tarde, Santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, a pesar de habersele dicho que su nombre era Isabel.

¡Qué hermoso colorido, cuánta delicadeza, cuánta paz hay en esa ascensión contemplativa de las vidas iluminadas por la fe y beatificadas por el desprecio del mundo!... La Edad Media tiene esa gloria incomparable, que resplandece en el seno de sus catedrales majestuosas, cabe las esculturas de los mártires, llenas de tristeza, de tormento y de santidad. Los ermitaños y los monjes sangran su cuerpo para redimir los pecados de la humanidad doliente y extraviada. El fin del mundo es una lámpara que oscila en las conciencias, como el parpadeo de un ojo sideral que juzga y que vigila. Y se diría que el cilicio con que flagelan su carne los ascetas, arrojando a las pasiones del alma, es el látigo con que Jesucristo echó a los mercaderes del templo.

En el espíritu de Rosa resurge aquel sentimiento que fingía eclipsarse ante la aurora colosal del siglo xvi. La humildad, la paciencia y la contrición siguen su paso como tres ángeles que la custodian. La oración brota de sus labios como una yedra espiritual que se enlaza al madero de la

Santa Cruz. Muy temprano, el renunciamiento del mundo empezó a gravitar sobre ella. En el huerto de su casa levantó una especie de ermita, adonde retirábase a engolfarse en sus éxtasis o a tañer la cítara y la vihuela, entonando canciones de alabanza a su reino celeste.

Buscó un modelo en la lista de las mujeres cristianas, y Santa Catalina de Sena se convirtió en la maestra de sus actos. Ferviente adoradora de su imagen, quiso que el hábito bicolor de las Terciarias dominicas envolviese también su forma humana; y le fué impuesto el día de San Lorenzo mártir, en 1606, en la capilla del Rosario.

Allí, en la soledad del convento, es donde su contemplación se corona por un milagro análogo al de Santa Teresa. Entregada, una tarde, a sus fervientes rezos ante la imagen de Nuestra Señora, parecióle notar en los labios de la Virgen una suave sonrisa de benevolencia y dulzura para ella. La Reina del cielo volvióse a su niño Jesús, señalándole a Rosa. Y la austeridad de la estancia, iluminada de improviso, se llenó del ritmo de una voz angelical que decía: — ¡Mira, atiende, oh Rosa, la merced crecida que mi hijo ha sido servido de hacerte!... — Y la voz de la Virgen cesó; entonces habló Jesús: — ¡Rosa de mi corazón, yo te quiero por esposa!...

Ello no se sintió traspasada por las flechas del amor celestial como la monja de Avila, pero turbada, trémula y desfallecida, repuso según la tradición: — *Ecce ancilla Domini.* (He aquí la esclava del Señor...)

Y luego, Rosa misma aumentó su martirio, en alas de aquella aparición milagrosa. La práctica de la caridad sembró su huella de bendiciones. Y el alma de las gentes de Lima creyó que algún arcángel descendía a redimir el mundo de la dominación del pecado y del enemigo malo. La ciudad mirábase en aquella religiosa como en un límpido espejo. La misma comunidad asombrábase de sus virtudes. Su renombre de santa volaba por las comarcas vecinas. Y los habitantes de los valles del Alto Perú soñábanla morena, como una india de raza incaica coronada de rosas; como una de las sacerdotisas del Sol, que descendía a encender en América el fuego del culto desterrado por la Conquista.

Mientras que allá, en el retiro de su celda, Rosa rogaba al cielo, en su humildad profunda, por los herejes y pecadores, por los desdichados y los débiles, consumiendo en las penitencias y las vigiliassu existencia, pero dejando escapar por sus labios un perfume de bondad infinita, como el humo de un incensario.

La tradición afirma que desde los doce años, cuando el oratorio de su casa paterna cobijaba su belleza, los doctos confesores que la dirigían espiritualmente juzgaban que había llegado a lo que los teólogos denominan estado de «bienaventuranza incoada»; es decir, al último grado de perfección terrena, al desposorio místico con la Santísima Trinidad.

Consérvase todavía, en la ciudad de Lima, la casa donde nació, y su habitación es hoy santuario de su imagen. Allí está la corona de tres órdenes de púas; corona de hierro de 99 puntiagudas espinas que se clavaban en sus sienes, en horas de martirio. Allí está el pozo al que arrojara la llave del candado con que cerrábase el cilicio aquel sobre su frente de nácar y también se guarda el sillón tosco de sus éxtasis y se enseña el clavo del cual suspendíase de los cabellos...

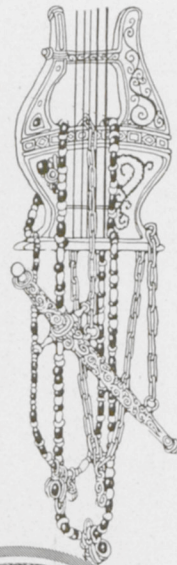
Su existencia duró 31 años, 3 meses y 24 días. Murió el 24 de agosto de 1617. Clemente X hizola, más tarde, patrona de toda la América española y las posesiones del rey en Asia, en el año 1670. Y su canonización se realizó en Roma al año siguiente.

¿Cuántas obras se han escrito por los religiosos sobre Santa Rosa de Lima?... Una larga serie bibliográfica sería preciso escribir para enumerarlas. Sus restos tienen una urna de cedro, dorada, por relicario, en el templo de Santo Domingo; y hermosas doncellas vestidas de blanco la conducen en procesión, cuando es su día.

¡Tanto era el amor que Lima sentía por Rosa que para las fiestas de su canonización, en aquella ciudad, se adornaron con piedras preciosas y joyas los arcos y los altares de las calles, y éstas fueron pavimentadas con barras de plata, glorificando así el pasaje de sus restos humanos, que en realidad más bien fueron la sombra de un ángel sobre el mundo!

CLAUDIO R. PÁEZ.

El Colón por dentro



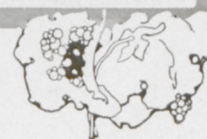
SEÑOR WALTER MOCCHI,
CONCESIONARIO.



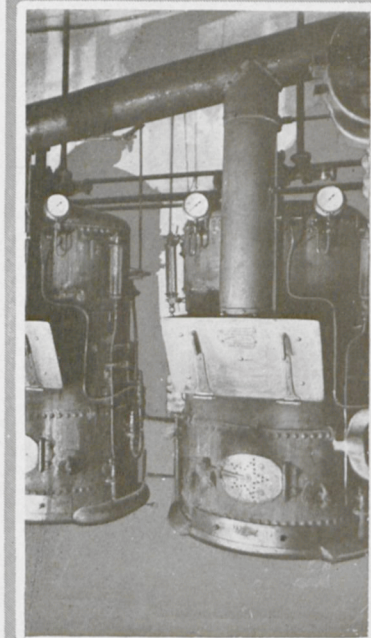
SEÑOR FAUSTINO DA ROSA,
CONCESIONARIO.



ÚNICA FOTOGRAFÍA DE
LA SALA DEL COLÓN, OB-
TENIDA LA NOCHE DEL
25 DE MAYO DE 1908,
ANTES DE LA ACTUAL
PROHIBICIÓN MUNICIPAL
QUE IMPIDE HACER FO-
TOGRAFÍAS CON MAGNE-
SIO, EN NUESTRO PRIMER
TEATRO.



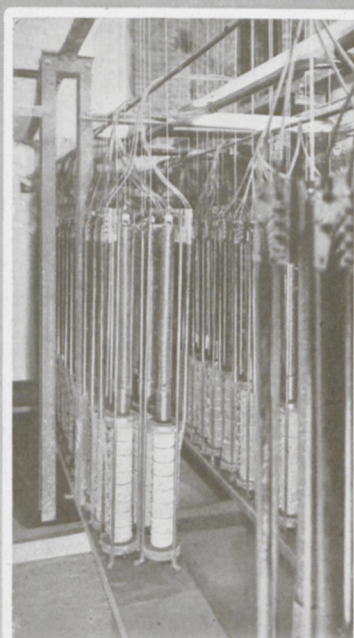
El Colón por dentro



CALDERAS DE ALTA PRESIÓN, QUE EN ÓPERAS COMO «MEFISTÓFELES», «WALKYRIA», «CREPÚSCULO DE LOS DIOS», «SIGFRIDO», «GIOCONDA» Y «MIGNON», DESEMPEÑAN EL IMPORTANTÍSIMO PAPEL DE PRODUCIR LOS EFECTOS DE INCENDIO, DE NUBES, DE TEMPESTADES, DE NIEVE, ETC., ETC.



UNA DE LAS CARPINTERÍAS DE LA PLANTA BAJA. EL «TRASTO» QUE SE VE EN «PRIMER TÉRMINO», DE PAPEL PINTADO Y LISTONES DE MADERA, ES NADA MENOS QUE LA MONUMENTAL ESCALERA DEL PALACIO DE «LORELEY», EN EL TERCER ACTO DE DICHA ÓPERA.



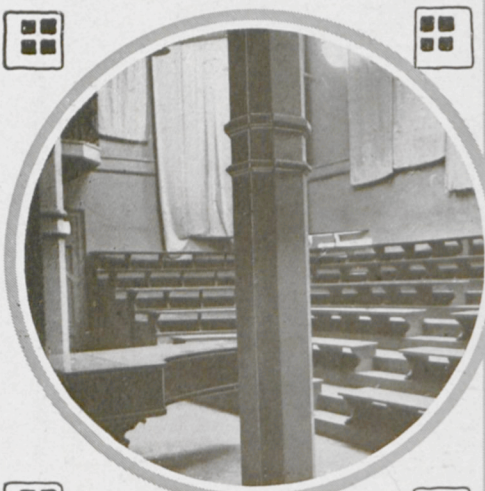
«SOLENOIDES», COMPLICADO APARATO QUE POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD PRODUCE LOS MARAVILLOSOS EFECTOS DEL DÍA Y LA NOCHE, EN «ANDREA CHENIER», «MADAME BUTTERFLY», «FALSTAFF» Y OTRAS ÓPERAS.



DEBAJO DEL ESCENARIO UNA SERIE DE CALDERAS, CADA UNA DE LAS CUALES CONSUME AL DÍA UNA TONELADA DE CARBÓN, PRODUCE LA CALEFACCIÓN DE LA SALA, ESCENARIO, CORREDORES Y EL GRAN HALL DEL TEATRO.



SOBRE LA SALA DEL TEATRO, POR EL ENTRETECHO, DOS CAÑOS DE TRES METROS DE DIÁMETRO, ENVÍAN EL CALOR A LA PLATEA Y PALCOS POR LA BÓVEDA EN QUE ESTÁ COLOCADA LA GRAN ARANA.



SALÓN DE ENSAYOS DEL CORO DE AMBOS SEXOS, CONSTRUÍDO EN FORMA DE HEMICICLO Y EN GRADERÍA, DE MODO QUE TODOS LOS CORISTAS PUEDAN SEGUIR LA DIRECCIÓN DEL MAESTRO. ESTE SALÓN HA SIDO HECHO SIGUIENDO EL MODELO DE LOS QUE EXISTEN EN LA «SCALA» DE MILÁN Y «REAL» DE MADRID.



COMO ÉSTE HAY 10 DEPÓSITOS DE TRAJES EN LOS QUE SE GUARDA, PERFECTAMENTE CLASIFICADO, EL VESTUARIO DE TODAS LAS ÓPERAS. ESTÁ ENCARGADA DE SU CUSTODIA Y CONSERVACIÓN, DOÑA FELICITA DEFORINE.

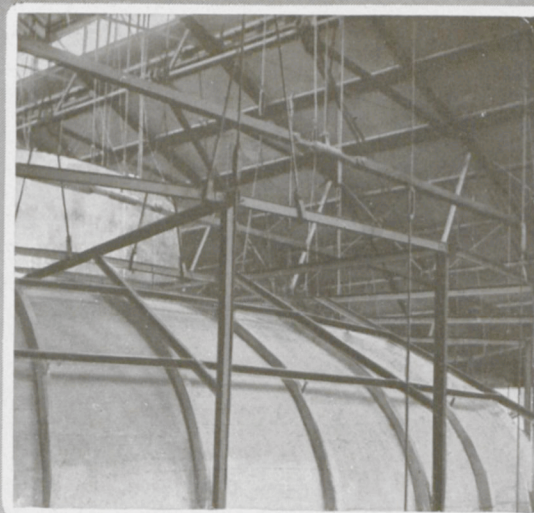


EL FOYER DE LA ORQUESTA EN EL QUE DESCANSAN LOS MÚSICOS DURANTE LOS ENTREACTOS. EN PRIMER TÉRMINO, LA COLUMNA BLANCA SOSTIENE UNO DE LOS «GATOS» DE GRAN PODER, QUE SIRVEN PARA LEVANTAR LA PLATEA AL NIVEL DEL ESCENARIO, Y DAR BAILES O BANQUETES EN EL TEATRO.

El Colón por dentro



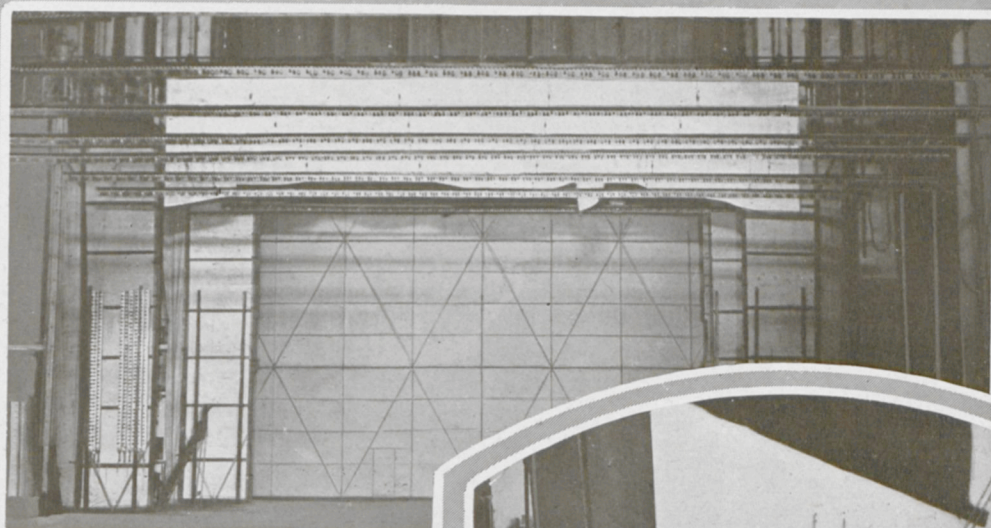
EN EL «TELAR» HACIENDO VERDADEROS PRODIGIOS DE EQUILIBRIO, ESTOS «HOMBRES MONOS», CONVIERTEN EN UN JARDÍN FLORIDO LA TERRAZA DE UN CASTILLO O TRANSFORMAN EN CUEVA INFERNAL CUALQUIER RINCÓN DEL CIELO.



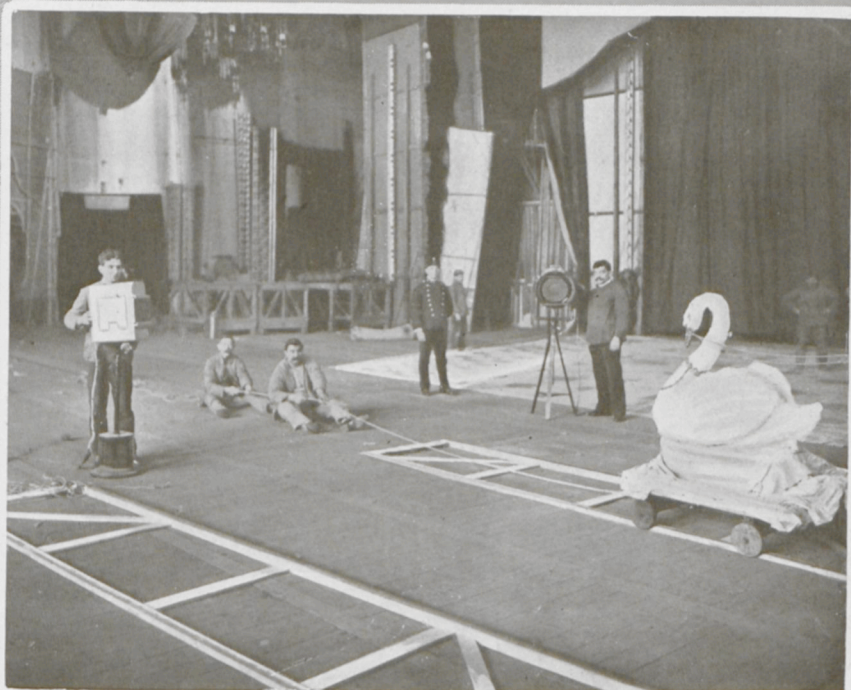
PARTE SUPERIOR DE LA GIGANTESCA CÚPULA DEL CENTRO DE LA SALA, DE LA CUAL PENDE LA GRAN ARAÑA CENTRAL. TODA ESTA CÚPULA ES DE PLOMO Y PESA MÁS DE 15.000 KILOS.



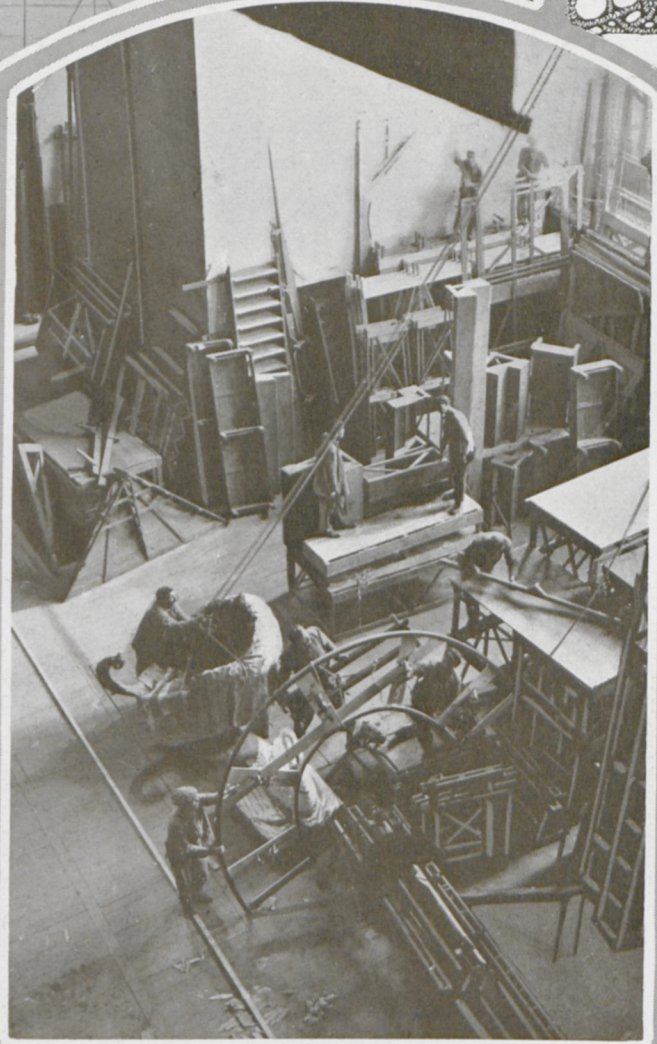
EN ESTOS ACUMULADORES SE ALMACENA CORRIENTE ELÉCTRICA SUFICIENTE PARA TENER TODO EL TEATRO ALUMBRADO DURANTE EL ESPECTÁCULO, AUNQUE LA LUZ HUBIESE FALTADO AL EMPEZAR LA FUNCIÓN.



EL ESCENARIO, VISTO DESDE EL ÚLTIMO BASTIDOR. EL TELÓN DE SEGURIDAD, QUE PESA 12 TONELADAS Y MIDE 13x19 METROS, ESTÁ BAJO. PUEDEN VERSE ADEMÁS LOS «VARALES», «ERES» Y DEMÁS APARATOS CON QUE SE LOGRAN LOS DIFERENTES EFECTOS DE ILUMINACIÓN ESCÉNICA.

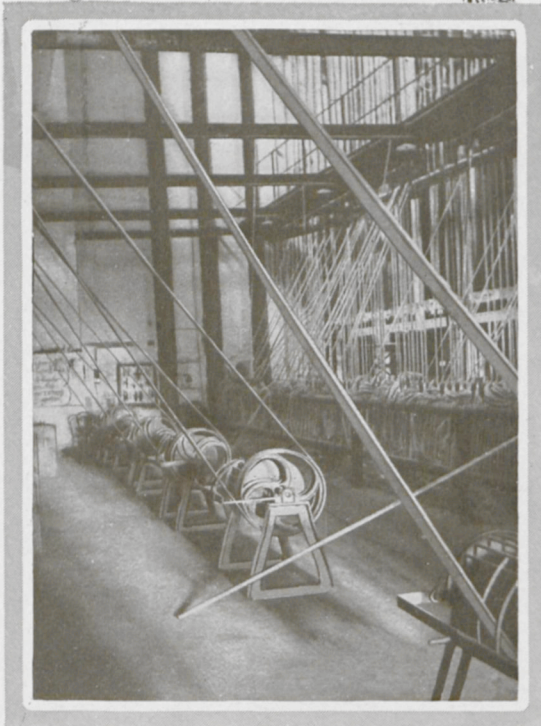


ENSAYANDO UN EFECTO DE LUZ PARA LA ENTRADA EN ESCENA DEL CISNE DE «LOHENGRIN». BAJO LA DIRECCIÓN DEL «CAPO ELETTRICISTA». EN EL SUELO, SENTADOS, LOS QUE SE ENCARGAN DEL MOVIMIENTO DEL AVE WAGNERIANA.

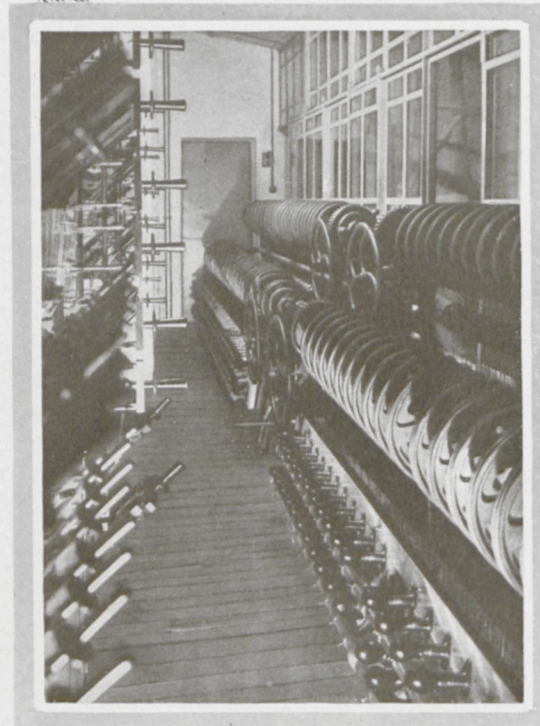


CURIOSA Y ÚNICA FOTOGRAFÍA DEL ESCENARIO DEL COLÓN, TOMADA DESDE EL PUENTE DE MANIOBRAS DEL 4.º PISO DE LA MAQUINARIA, EN EL MOMENTO DE CAMBIAR LAS DECORACIONES EN UN ENTREACTO DE «EL BARBERO DE SEVILLA», DURANTE UNA MATINÉE.

El Colón por dentro



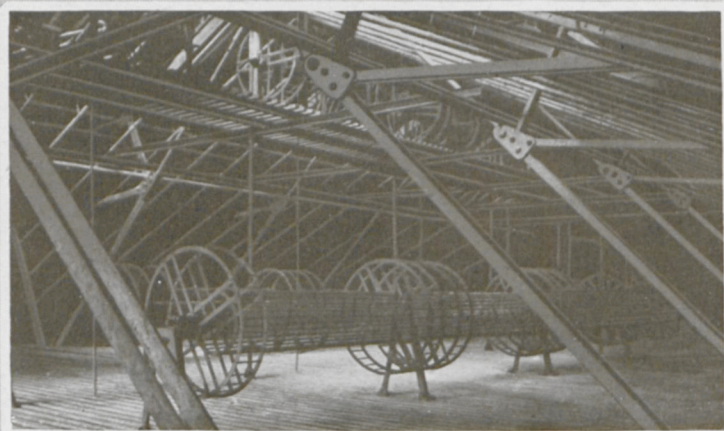
PARTE DEL «TELAR» Y MAQUINARIA DE LEVANTAR LOS TELONES. CERCA DE CINCUENTA HOMBRES ATIENDEN ESTE SERVICIO DEL TEATRO, DE CUYA PRECISIÓN Y RAPIDEZ DEPENDE MUCHAS VECES EL ÉXITO DE UN EFECTO ESCÉNICO.



UN SOLO HOMBRE, ATENDIENDO A ÓRDENES TELEFÓNICAS DEL DIRECTOR DE ESCENA, MANEJA ESTE COMPLICADO LABERINTO DE LLAVES Y PALANCAS, PRODUCIENDO LOS ADMIRABLES EFECTOS DEL AMANECEER Y ANOCHECER.



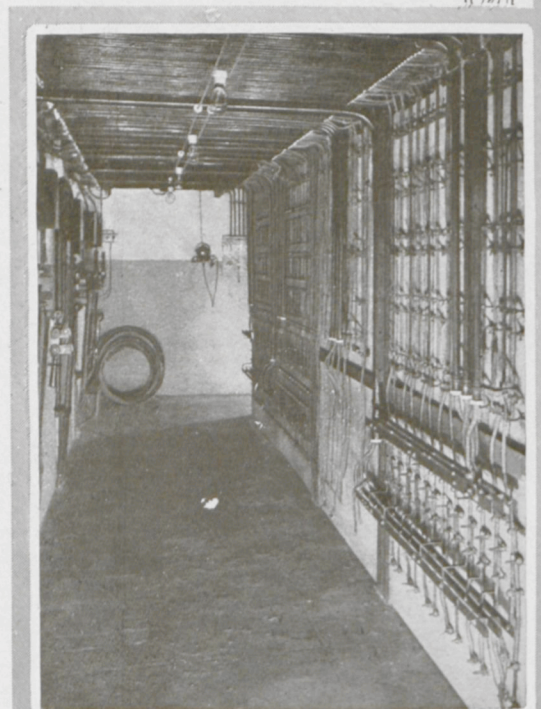
EL POPULAR RAÚL DEL CASTILLO Y EL NO MENOS POPULAR BENITO MEYER, CUYA PRINCIPAL MISIÓN CONSISTE EN «NEGAR» ENTRADAS DE FAVOR A LA NUBE DE «PORTUGUESES» QUE DIARIAMENTE ACUDEN AL COLÓN.



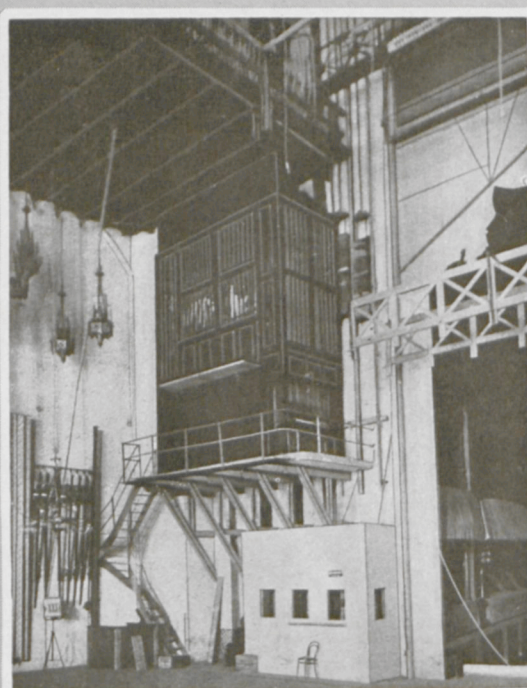
ENTRETECHO DEL ESCENARIO, EN EL QUE VARIOS «TRAMOVISTAS» SE PASAN LA NOCHE BAJANDO Y SUBIENDO TELONES, SIN VER NI OIR LAS ÓPERAS.



PEDRO RODRÍGUEZ, ENCARGADO DEL TELÉFONO 27, LIBERTAD, QUE SE PASA EL DÍA DICIENDO: QUE DA ROSA NO ESTÁ; QUE HA SALIDO; QUE TODAVÍA NO HA VUELTO O QUE ESTÁ OCUPADO.



CORREDOR SUBTERRÁNEO, AL QUE CONVERGEN TODOS LOS HILOS ELÉCTRICOS DEL TEATRO, CUYA MARAVILLOSA INSTALACIÓN HA SIDO DIRIGIDA POR EL INGENIERO JUAN QUEVEDO.



A LA DERECHA DEL ESCENARIO Y SOBRE LA CASILLA DE LOS BOMBEROS, ESTÁ COLOCADO EL GRAN ÓRGANO DE IGLESIA, QUE TAN IMPORTANTÍSIMO PAPEL DESEMPEÑA EN «BEATRICE», «MANON» DE MASSENET Y «DON PASCUAL».



EL PASILLO QUE SE VE EN ESTA FOTOGRAFÍA, CORRESPONDE A LA PARTE POSTERIOR DE LOS TABLES ELÉCTRICOS, EN LOS QUE NO HABRÁ MENOS DE UN MILLAR DE LLAVES.



ÓLEO DE ANTONIO ALICE

CONFESIÓN

Medalla de Plata en el Salón de Artistas Franceses, París, 1914.
Gran Medalla de Honor en la Exposición de San Francisco de California, 1915. □ □ □ □



LA COLECCION DE ABANICO



DE LA SEÑORA NAPP DE LUMB



He visitado una capilla ardiente de mariposas gigantescas. Hay allí tantas mártires de la luz, que fué necesario transformar en túmulos todos los muebles que adornan el umbroso salón. Extendidas las alas, rígidas sobre sus patitas, como cuando se posaban en los tallos y en las flores, parecen abanicos dormidos y no mariposas muertas. ¿Mariposas muertas?... ¿Abanicos que duermen esperando una metamorfosis nueva? Fácil equivocación para la fantasía aquejada de neurastenia literaria.

La señora Adela Napp de Lumb ha dedicado los mejores días de su existencia a cazar raros ejemplares de mariposas, en esos bosques donde los chamarileros y anticuarios acechan el paso de los viandantes. Puso en la obra la divina terquedad de las mujeres y el tesón incansable de un entomólogo. Su bolso de argentinas mallas le sirvió de red para aprisionar mariposas brillantes, carísimas. Y ahora, frente a la colección que ella ordenó en el saloncito umbroso, la oíréis relatar sus cacerías. Sabe de ello tanto como Fabre de los insectos: la zoología del abanico no tiene secretos para esta dama, ni límites su amor hacia las mundanas mariposas que revolotearon en los jardines reales.

Dentro de una silla de manos convertida en vitrina, entre relojes esmaltados, muñequitos de biscuit, tabaqueras y encajes, duerme como un ídolo el abanico rey de la colección. «Muy siglo XVIII», de eburneo varillaje tallado, rico en oro y plata, salpicado de lentejuelas, ostenta su país de cabritilla, sobre cuya suave superficie un pintor ha reproducido escenas amatorias, rodeando un grupo familiar de íntima gracia. Da miedo poner las manos en él; parece que se romperá bajo la presión, dejando entre los dedos polvillo de oro y escamitas irisadas.

Después viene por orden de importancia otros abanicos de la misma época, que pueden alabarse como modelos de arte delicado, fino. Aquí un grupo de mujeres, ligeramente vestidas, huye de una catástrofe invisible, parecidas a minúsculas hermanas de las pompas hijas de Rubens. Más allá parejas de pastores y pastores cortezanos, versallescos, entablan mudos diálogos de égloga. Hay una soberbia vitela encuadrada entre varillas y patrones de marfil, oro y plata, que se pintó indudablemente para rendir tributo de admiración a un geógrafo, en la persona de su esposa, pues el artista ha puesto compases, telescopios, mapas y una esfera. Un par de abanicos mandarines lucen sus filigranas de oro, plata y bronce en un rincón de la capilla ardiente. Y luego el resto de las mariposas, para completar aquella embriaguez de colores.

Todo lo que ha leído uno en los libros, todo lo que ha soñado uno al margen y entre las interlíneas de los libros, acude a la imaginación, poblándola de figuras encantadoras.

Y aquellos días no vistos de Greuze, de los tres Luises, la Pompadour, María Antonieta, los vivimos a nuestro modo, rodeados por los cetros de la belleza y

la coquetería femeniles que el destino puso allí bajo el patrocinio de una dama artista. Vestida con un amplio y señorial ropaje de terciopelo intensamente morado, que añadía una nota al conjunto, la señora Napp de Lumb nos habló de sus queridas mariposas.

Todo sol naciente es inmenso abanico que se despliega poco a poco por encima de mares y montañas. De las tierras donde nace el Astro Rey, trajeron los lusiadas el abanico, cuyo apogeo occidental se inicia durante el amanecer del Rey Sol. Como los japoneses en su bandera figuran a Febo, las damas Luis XIV, Luis XV, Luis XVI manejaron con adorable mano el abanico, diminuto símbolo y banderita de una gloria espléndida.

Antifaz, escudo, batuta, espada, aguijón...

«Filos», «flirts» o amorios del Louvre, epigramas volterianos, minués versallescos, preciosidades ridículas, rebaños del Trianón, murmuraciones parisenses, cenizas que hacéis padecer una nostalgia atávica, ¿quién supo convertir tanto brillo en lumbre, en hoguera, en incendio? Pantalla, soplador, duende y galeoto fuiste, abanico, porque te inventaron junto al fuego y te parecías a las colas del pavo y del pavo real.

Todo sol que muere es inmenso abanico que se cierra por encima de mares y montañas. Así terminó la gloriosa suntuosidad sobre el cadalso de María, plegándose con ruido guillotinesco.

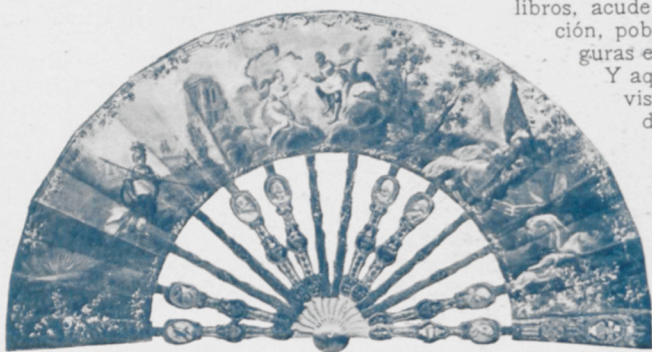
También España disputó a Francia el cetro abaniqueril. Los Madriles de Carlos IV fueron una plaza de toros donde los abanicos centelleaban vibrando. Más atrevidas y felices en la invención, las españolas supieron inspirar nuevos modelos. Había abanicos que, después de cerrados como los demás, vuelven a cerrarse a manera de navaja sevillana; otros al plegarse imitan un farol; y todos sabían transmitir a los galanteadores carifios y desdenes por medio de clave. Pero no les valió el arte: también se cerraron...

Sobre el escudo de la Argentina asoma un sol naciente. Aprovechad, Argentina, las lecciones que la historia ofrece. Por ambición, odio y competencia ha venido el derrumbamiento moral y económico de un continente. Asistimos al desbarate de una sangrienta feria de las vanidades.

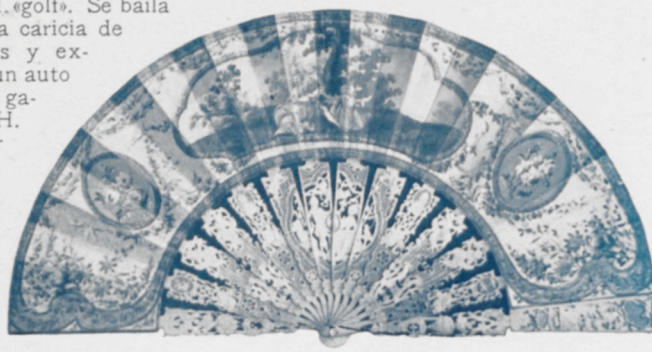
El abanico no es ya de este mundo, o, por lo menos, del gran mundo. Ya no hace apenas el papel de amigo servicial, y se le sigue nombrando en diminutivo, más bien por costumbre que por afecto. Ya no ofrece su vitela a los mozos capaces de escribir estrofas y máximas ajenas; ya casi no oculta rubores y promesas, ni la coquetería crece a su sombra. Las muchachas han preferido la paleta del «tennis» y el bastón del «golf». Se baila mejor bajo la caricia de ventiladores y extractores, y un auto corriendo al galopar de 80 H. P. vale por cuarenta abanicos. El aeroplano, las canoas automóviles, los expresos aventaron el galante



ABANICO LUIS XVI, CUYO CLAVILLO ES UN ANTEJOJO.



PRECIOSO EJEMPLAR CON VARILLAJE DE MARFIL DORADO Y PAÍS DE CABRITILLA



ABANICO CARACTERÍSTICO DE MARFIL, TALLADO PRIMOROSAMENTE



UN RINCÓN DE LA SALA DONDE GUARDA SUS ABANICOS LA SEÑORA NAPP DE LUMB.

utensilio que ahora resulta incómodo. La industria abaniquera ha vuelto sus ojos hacia los desheredados de la fortuna, y fabrica abaniquejos comunes y baratos, a excepción de algunos ejemplares medianamente buenos. Todas las soberanías caídas hacen lo mismo: en cuanto la suerte

les es contraria, juran la Constitución y fingen sentir la democracia.

El papel y la litografía substituyen a vitelas y pintores.

El comercio se aprovechó de tal decadencia para imprimir

tivos finados, si, como en la conocida leyenda china, les hubiera sido im- puesta esa condición para volver a casarse.

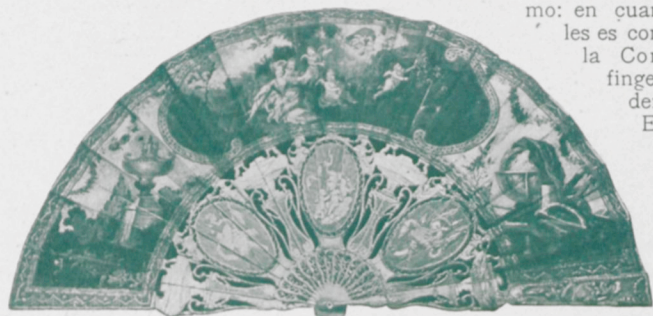
Quizás el destino haya hecho una sabia obra sacando de la circulación tantas armas; quizás el abanico inválido, dormido o muerto, sea preferible al abanico amenazante, ágil, traidor. La diosa pagana que decide el curso de la Moda, la musa que inspira tantos desatinos y tantos aciertos, debe saber más que nosotros.

Entre las mejores colecciones del mundo ocupa ésta un buen lugar. A su dueña le ha costado todo ese cúmulo de fatigas, dinero y búsquedas inherentes a la grata ocupación de coleccionista. La condesa escritora de Pardo

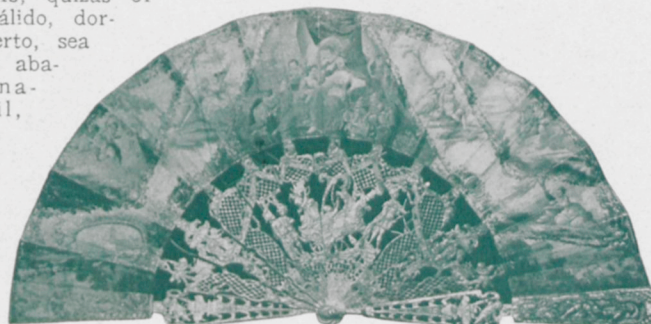
Bazán, refería hace pocos meses en una crónica que publicó «La Nación», cómo al visitar las tiendas de los anticuarios, hallaba raros ejemplares de abanicos reservados para la señora Napp de Lumb. Fraile, el célebre Fraile que en Madrid tiene casi el monopolio de ese comercio y manda en la Bolsa de los abanicos, sabe buscar los mejores para remitirlos a Buenos Aires, donde la aristocrática aficionada espera ansiosa.

Apenas hay sitio ya en el umbroso salón, capilla ardiente de las mariposas gigantescas. Pronto invadirán todo el palacete de la calle Santa Fe. Allí, sobre los tibores y túnicas chinos, sobre los bargueños, junto a las porcelanas, a los pies de aquella virgen medioeval descansarán para siempre, los despojos de varias centurias, los lindos abanicos muertos.

E. DEL SAZ.



AMOR Y GEOGRAFÍA.



EL ABANICO PREFERIDO.

avisos, adulando a los compradores con un poco de aire. Puede el abanico quejarse, y con razón, de este injustificable abandono. Si él supiera hablar, si todos los abanicos Napp de Lumb refiriesen las historias de amor, coquetería y desdén, en que tomaron activa parte, se necesitaría escribir un libro grande y encantador como el de «Las mil y una noches». Todo el ingenio y la gracia de Scherezada viven entre los pliegues del vaporoso mueble. Sin ser abanico, nos duele como propia su desgracia y la inconstancia de las lindas ex abaniqueantes. Ningún deporte ni ninguna teoría feminista alcanzarían a justificar el nuevo desdén que inventaron las señoras y señoritas. ¿Estará en lo cierto el tornadizo rey Francisco cuando canta con música de Verdi aquello de «La donna é mobile...?»

La señora Adela Napp de Lumb ha reparado la injusticia femenina, reuniendo con mano piadosa una colección de abanicos durmientes, encantadores y encantados. Centenares de bellezas podrían realzar su gracioso imperio usando contra el hombre el poder fascinador de aquellas joyas de tres reinados. Muchísimas viudas, en estado de merecer, podrían secar los sepulcros de sus respec-



MAGNÍFICO EJEMPLAR, ESTILO POMPADOUR, DE RICA LABOR Y ESPLÉNDIDA PINTURA.

Entre bromas y bromas

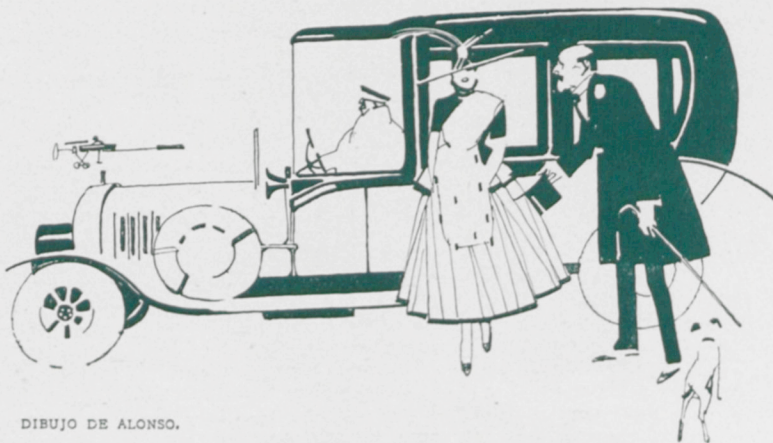
Por
DANIEL
MUÑOZ

Castigat ridendo mores.

El hombre se considera a sí mismo como el ser superior a todos los demás. No se ha atrevido a declarar que es más que el mismo Dios; pero, en su soberbia, tampoco ha querido confesar que se cree menos que aquél, y ha dejado establecido, como verdad incontestable, que el Supremo Hacedor formó al hombre a su imagen y semejanza, de modo que, al final de cuentas, ambos son perfectamente idénticos, y, de esta comparación igualitaria, ¡cuán grande resulta el hombre!, o viceversa, ¡qué chico resulta Dios!

En realidad, el hombre es el ser más inteligente, salvo las excepciones ineludibles de toda regla, y es, a la vez, el más ricamente dotado de toda clase de cualidades superiores y también de toda clase de inferioridades. Es bondadoso hasta llegar a las más sublimes abnegaciones y, al mismo tiempo, es malvado hasta cometer las crueldades más atroces, sin que esta afirmación esté inflada por la exageración, pues miradas friamente y apreciadas con ecuaníme criterio las cosas de la vida, de todos los seres que caminan sobre la tierra, que nadan en las profundidades de los ríos y de los mares, que vuelan por los aires, que saltan, que se arrastran, que trepan, que gritan o que ladran, que aullan o que rugen, que braman o que gruñen, el más feroz, el más dañino, el más egoísta, el más depredador, el más despótico, el más artero y traidor, el más corruptor y corrompido, el más inmoral e hipócrita, el más usurpador y prepotente, es el ser humano, con la particularidad de que quien más por completo reúne y asimila todas estas perversidades es aquel que más cerca está de las cumbres de la civilización...

Y pruebo lo que dejo dicho con el ejemplo que paso a citar: — Acabo de saludar a una distinguidísima dama, ofreciéndole el apoyo de mi mano al descender de su carruaje. Todo cuanto la viste y la adorna acusa una suprema elegancia y revela un exquisito buen gusto. El calzado que oprime sus pies diminutos ha sido hecho con el cuero de un cabritillo, arrancado al amor de la madre que lo amamentaba para degollarlo despiadadamente; los guantes a la mosquetera que ciñen



DIBUJO DE ALONSO.

sus mórbidos brazos hasta los codos, fueron fabricados con la piel de una medrosa gamuza cazada en las cumbres alpinas; el «manchón» que trae en la mano izquierda lo forman los niveles mantos de docenas de armiños apresados en las estepas siberianas, y la cartera que pende de su diestra es de legítimo cuero de lagarto; la espléndida estola que cuelga de sus hombros denuncia el alevé asesinato de varias martas zibelinas cuyas colas sirven de fleco a la valiosa prenda; la seda del crujiente visó fué robada a millares de industriosos gusanos que la habían hilado para formar sus capullos; el paño de su traje «tailleur» fué tejido con la lana de que se despojó a inofensivas ovejas; el «corset» que delinea la esbeltez de su talle está armado con las barbas de una ballena arponeada en los mares polares, cuya captura costó la vida a algunos valerosos marineros; las peinetas, de primorosos calados, que sujetan su opulenta cabellera, son de carey arrancado de la caparazón de una pacífica tortuga, y las perlas de irisados reflejos que contornean su cuello, fueron hurtadas a las ostras que adornaban con ellas sus anacaradas alcobas; el vistoso sombrero ostenta la cola de un ave del paraíso y las alas de un faisán dorado; el almohadón que le sirve de respaldo en el carruaje está acolchado con el edredón de que fueron saqueados los mullidos nidos que las aves árticas habían tejido para abrigo de sus polluelos; el «fox-terrier» que la sigue, y que ella acaricia como a un hijo, fué proclamado campeón en varios concursos como incansable matador de ratas... Pero, exclama horrorizado el lector ¿quién es ese monstruo de crueldad que, para realzar su hermosura y hacer ostentación de su elegancia, lleva sobre sí los despojos de tantas víctimas y los frutos de tantos asesinatos, de tantos robos, de tantos crímenes de todo género?... ¡Alto ahí!, interrumpo yo, trémulo de indignación. — Yo no puedo permitir que se trate de monstruo ni que se acuse de cruel a mi ilustre amiga, la Excelentísima Señora Condesa de Alma Tierna, cuyas nobles virtudes caritativas y piadosas acaban de ser muy merecidamente premiadas nombrándola Presidenta Honoraria de la Sociedad Protectora de los Animales!

EL PATRIARCA
DE LA LITERATURA
ARGENTINA

CARLOS
VIDO
SPANNO



La primavera está próxima... Ya se presiente su llegada... Y al solo anuncio, la misma naturaleza de las cosas, en misteriosa palin-genesia, parece que se trasmuta y vivifica, y que hasta adquiere distinto semblante en su fisonomía ordinaria: el horizonte tiene claridades de aurora... ¡Es la vida que llega!... ataviada, hermosa, resplandeciente de alegría. Pronto ostentarán de nuevo los paisajes toda la escala cromática del iris, en su florida decoración. Los ríos correrán más rápidamente en su cauce y la sangre acelerará su andar en las arterias. Resucitará del seno de la sombra, donde latía en silencio, toda esa existencia vegetal que emerge y se difunde prodigiosamente sobre la tierra, como al sortilegio de un encantador, realzando en sus notas de colorido la esencia de un arte increado. Frescas y olorosas lucirán las hierbas; claros y serenos los días; los seres trocarán su marasmo en movimiento; hormigearán, laboriosos; el sol iluminará esa actividad con su fulgente disco de oro... Y el mundo será, otra vez, armonía, luz, belleza...

¿Por qué no elegir el arribo de tan hermosos días para realizar uno de esos homenajes justicieros, trascendentales, que tanto dicen de la cultura y del nivel moral de un pueblo? ¿Por qué no aprovechar la temporada propicia, y reparar en ella una de esas ingratitudes, de esos olvidos injustificables que, aunque comunes en la vida colectiva de las naciones, hablan muy poco en favor de la sociedad contemporánea?... Me refiero a la coronación de Guido y Spanno, el más ilustre y venerable de los poetas argentinos... ¡Porque, al fin y al cabo, no todo ha de ser *saison* teatral en invierno y *tourismo* de balneario en verano!

La inercia proviene de la ignorancia. Es que la gran mayoría no sabe lo que fué, lo que hizo, lo que representa para los argentinos la figura de ese anciano valetudinario, allí, en esa morada «pobre, estrecha y oscura», que le sirve de vivienda. Y los que lo saben están muy preocupados en sí mismos.

Hágase vida retrospectiva; revuélvanse periódicos viejos... Léanse *La Nación* y *La Prensa* del 10 de agosto de 1894. Los dos diarios más representativos y prestigiosos del país preconizaban, entonces (*La Nación* lo había hecho ya en 1892), la coronación del anciano poeta. En *La Prensa*, decía el doctor Joaquín V. González:

«*Llámesse un plebiscito en toda la extensión de la República y pregúntese quién ha de subir al pedestal aún desocupado, y de todas partes se escuchará el nombre del anciano poeta*»...

¡Cuán pronto pasan veinticuatro años de olvido... Guido y Spanno, como un anciano emperador de barba florida, ha presidido, desde aquella

época, nuestra vida intelectual desde su lecho de dolor... ¡Y su pueblo aún no le ha ofrendado el laurel ofrecido!

Muchos se dicen hoy: ¿Qué ha hecho Guido y Spanno?... Para esos van estas ligeras líneas; ¡que pongan atención!

Ese anciano es una gloria de la patria. Guido y Spanno representa cincuenta años de intensa vida nacional. Y en cualquier pueblo y en cualquier época de la historia hubiera desollado, con sus virtudes y su talento superior, en primera línea. Lo mismo en el Agora de Atenas que en el Foro de Roma; igual en los hidalgos tiempos de la señorial Castilla que en los días luminosos del Renacimiento: por su imagen y su espíritu tanto pudo haber presidido el Areópago de Grecia, como un festín de los caballeros de la Tabla Redonda, como un torneo de la Europa del siglo XIII... Durante diez lustros, puede decirse que fué el más alto exponente de la intelectualidad y del carácter de nuestro pueblo. Un escritor ecuatoriano dijo de él, que era «el más sólidamente instruido de todos los literatos argentinos». Poeta; periodista y polemista notable; escritor de historia; crítico erudito, conocedor y traductor de literaturas clásicas, antiguas y modernas; poliglota; tribuno elocuente y apóstol de las grandes causas; de la libertad del pueblo francés en las barricadas de París, durante las sangrientas jornadas de 1848 y 1852; de las ideas republicanas en el imperio de Don Pedro II, del Brasil; de la causa vencida, sobre los escombros humeantes de Paysandú y en la heroica Montevideo; en la guerra de Méjico, cuando la tragedia imperial de Maximiliano; en la de España contra Chile y el Perú; en la guerra franco-prusiana del 70; en los albores de la independencia cubana; y del honor nacional siempre guardián celoso y austero; y orador prominente en las asambleas populares y en las efervescencias cívicas; y filántropo abnegado en los días de calamidades públicas, ya socorrien-

do a los enfermos de la peste o curando a los heridos en las contiendas fratricidas. Ese es Guido y Spanno; el amigo y contemporáneo de esa pléyade gigante que nos legó por patrimonio la grandeza de su alma republicana; uno de ellos, también; como Vélez Sársfield, Mármol, Derqui, Urquiza, Mitre, Sarmiento, Alsina, Avellaneda, Roca y tantos otros. Miembro correspondiente de la Real Academia Española, de la Academia de Bellas Letras de Chile, de la Real Academia poética italiana, de la Academia Stesicorea de Catania (Sicilia), de la Sociedad Literaria Inglesa de Buenos Aires, y de cientos de asociaciones más. Ese es Guido y Spanno, nuestro poeta, con sus rasgos fisonómicos de bardo celta y de patricio romano. El gran Victor Hugo decíale, en una carta: «*Sois un generoso espíritu. Queréis la verdad por la luz, la libertad por la justicia, la paz por la fraternidad. El filósofo iguala en vos al poeta. Os felicito. Yo digo como vos: ¡Adelante! Os estrecho la mano.*»

Italia coronó a Carducci, España a Zorrilla, Francia a Mistral; a la República Argentina, fáltale coronar al más venerable de sus poetas... Pero, ¿adónde están esas damas argentinas que debieran encabezar el cortejo que ha de marchar a ceñir la frente del glorioso anciano con la clásica guirnalda de laurel?... Es la mujer la que debe tomar tal iniciativa. Ella debe ser el heraldo y la portadora del augusto mensaje. Son manos blancas, manos de doncellas, las que deben entretejer y conducir la corona de la apoteosis hasta el olvidado retiro del poeta. ¿Acaso, en la más alta sociedad porteña, no se cotiza ya el valor intelectual, entre las dignas representantes de su espiritual abolengo?... Yo aún no he perdido esa fe; creo, aguardo, confío...

JULIÁN DE CHARRAS.

DIBUJO DE ALONSO.





EN EL MUNDO DEL ARTE

EL VERNISSAGE

DIBUJO DE SIRIO



A luz del alba nos sorprende. Una cuesta áspera, muy pronunciada, forma la carretera polvorienta que vamos pasando. A nuestra derecha, el mar, el Océano Atlántico, rumorea su eterna canción; a la izquierda se nos presenta la montaña, cenicienta, cubierta por una vegetación de raquíticas piteras y tabaibas. A cada instante el precipicio se hace más visible. Una maniobra en falso y rodamos a su fondo, fatalmente, pues sólo una pared tosca de cincuenta centímetros de alto impide el paso al desfiladero.

Henos aquí, lector, atravesando la cuesta de Silva, en la Gran Canaria, en uno de los lugares más abruptos y terribles del planeta.

Mientras el automóvil profana con su corneta estos lugares de leyenda, e interrumpe la débil quejumbre de la tórtola que huye espantada, nosotros evocamos las pasadas proezas de la raza guanche. Vamos a visitar las célebres cuevas de Silva, en donde una raza desaparecida de gente brava y no nacida para el vasallaje luchó, sin resultado, durante ochenta años por conservar su secular libertad. Aquí, puede decirse propiamente con don Agustín Millares, — el historiador de las Islas Afortunadas, — tuvo lugar el prólogo del gran drama americano. Si estas rocas calcinadas y volcánicas, que amenazadoras se alzan sobre nuestras cabezas, pudieran revelarnos la serie de luchas que en sus vericuetos, desfiladeros y pasos de cabras se llevaron a cabo, ¡qué interesante epopeya podría escribirse sobre el fin de tan brava raza de trogloditas! Mas, por desdicha, hasta nosotros, respecto a los guanches, sólo llegan noticias fragmentarias — magnificadas o amenguadas — a sabor. Sabemos que fueron muy valientes; que se educaron en el peligro, y que con denuedo, por muchas décadas, supieron vencer al enemigo que invadía la isla frecuentemente valiéndose de la ventaja que le ofrecía el mar.

La montaña negra, recorriendo el horizonte, se nos aparece.

— Allí. Por allí se va a las cuevas de los guanches, — nos dice nuestro guía.

Llegamos. Con gran dificultad, venciendo muchos peligros, hemos conseguido acercarnos. El paso del hombre moderno ha hecho más accesible la entrada a estas grutas. En otro tiempo resultaba imposible llegar a ellas.

Rastros por doquier. Aquí vivió una tribu de guanches. Este fué un cementerio. Y cruzando galerías interminables que se internan montaña adentro, penetramos temerosos, escudriñando los nichos, hoy vacíos, profanados por los sabios y por los comisionistas de museos.

Los guanches formaron una raza privilegiada. Su mayor culto era el de la agilidad y la fuerza. A los niños, desde la más tierna edad, se les educaba con todo esmero y a la manera espartana. A medida que iban creciendo debían de procurarse la comida, venciendo dificultades. Si el varón tenía suficiente agilidad para trepar por estos desfiladeros espantosos hasta el sitio en que le colocaban su alimento, comía. De lo contrario, el precipicio, las profundas gargantas que se hallaban a sus pies, lo recibía en su seno. No era digno de ser guanche.

Y de esta suerte, en torneos de fuerza, dedicados a la lucha, trepando por riscos inaccesibles, arrojando dardos, varas de tea endurecidas al fuego y bien dedicados en apacentar sus ganados, transcurrían sus días.

Dice Ríos Rosas, en el tomo VIII de sus obras completas, refiriéndose a los guanches: « El guanche tenía la cabeza erguida y redonda, el cabello negro o castaño, laso o ligeramente ondeado, la

Una raza de trogloditas

LOS GUANCHES

frente alta, el rostro oval prolongado, la barbilla puntiaguda, un tanto pronunciados los pómulos, boca grande, labios delgados, color pálido y moreno, los ojos grandes, algo salientes, negros o pardos, el ángulo facial de muy cerca de los noventa grados, andar lento, cuerpo esbelto, nervudo, musculoso, bien conformado y tan pródigo estatura, que no bajaba de seis pies en ningún individuo. »

Sobre una meseta, nuestro guía, después de dejar el automóvil en lugar seguro, empieza por

muchas veces de pedernales afilados) sin lograr herirse. Guanháben, hombre de más edad que Caitafa, comprendió que su hora se acercaba, que se había encontrado con un rival de sus mismas condiciones el que llevábale, como ventaja, la juventud; comprendiendo, pues, que no estaría lejano el día en que este hombre lo venciera, lleno de altivez se le cuadra delante y le dice: — Eres. Caitafa, un hombre valiente; pero no harás nunca lo que yo me atreva a hacer. — Al oír esto Caitafa, lleno de arrogancia respondióle que sí. Entonces, el gladiador Guanháben, corre sin detenerse, seguido de una multitud de curiosos y, sobre la meseta de esta montaña que mira al mar, arrojóse entonando un himno. Su rival hizo otro tanto.

Y como ésta, otras proezas aun mayores acometían los guanches.

Las montañas no guardaban secretos para ellos y hasta el más infeliz, llegado el momento, trepaba con agilidad por entre estos riscos de flancos desgarradores para colocar un madero en su cima.

Un hecho heroico entre ellos no hacía a su autor, como en nuestros tiempos, objeto de la general admiración. La gloria de su hazaña era efímera, y cuando por ventura se la mencionaba, jamás se decía: fulano es un valiente; sino: tal día, fulano fué un valiente.

En cuanto a las mujeres debíamos decir en justicia que merecían especial consideración. La poligamia no existió entre los guanches como en otras muchas razas primitivas.

Las jóvenes doncellas eran educadas en los cenobios. Vivían reclusas hasta que se encontraban en edad de contraer matrimonio.

Al llegar este tiempo y con el objeto de que dieran al Estado hijos esforzados y valientes, se las tenía por algún tiempo rodeadas de infinitos cuidados y bien alimentadas.

...Casi todo un día hemos pasado entre las arruinadas viviendas de los primitivos habitantes de la Gran Canaria. Por todos lados, de admiración en admiración, nuestro guía nos condujo.

No acostumbrados a escalar estas alturas en donde por momentos hemos sentido la sensación del vértigo, dejamos de visitar otros sitios más interesantes y mejor conservados.

Ya en camino a la ciudad de Las Palmas, por la noche, y oyendo el continuo batir de las olas del mar agitado, que venían a morir sobre la playa, a ochocientos o mil metros más abajo del lugar en que nos hallamos, avanzábamos temerosos con infinitas precauciones.

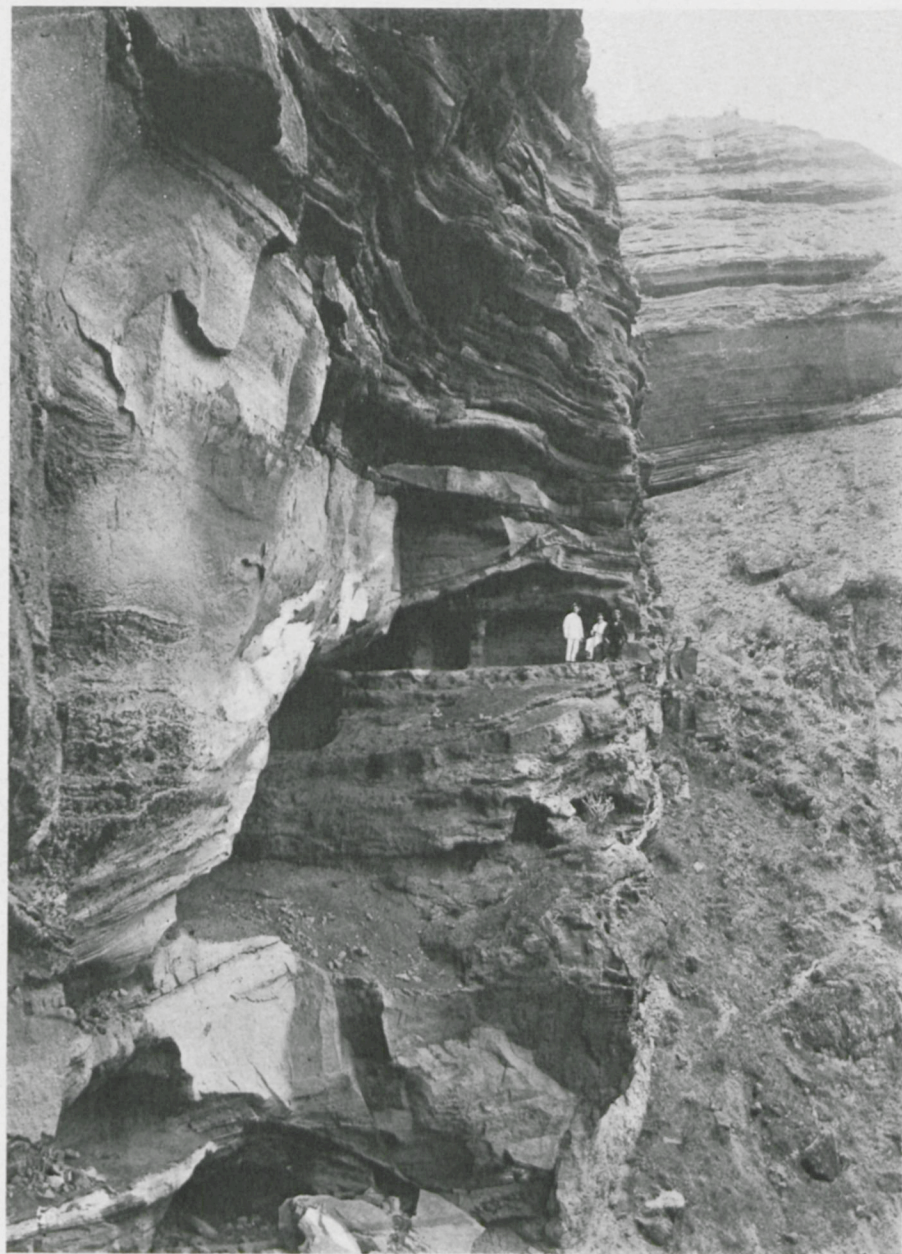
Las montañas de apagados cráteres las íbamos dejando a la espalda.

Nuestra imaginación, remontando su vuelo, recordaba

las aventuras de estos nobles guanches que lucharon inútilmente por su libertad, batiéndose contra piratas árabes y normandos, contra portugueses y españoles.

En una piedra saliente del camino, a la que la obscuridad de la noche daba contornos de forma humana, hemos creído ver la figura del noble Tajaste, cuando, dirigiéndose al Guanarteme don Fernando, que se había pasado al partido de los Reyes Católicos, le dice, señalándole las alturas de las montañas coronadas de guerreros: « Quédate con nosotros, Guanarteme; recobra tu dignidad; aquí hallarás hombres que sabrán morir por su patria: Canaria existe aún... mírala armada sobre esos cerros. »

GERMÁN BAUTISTA MARTÍN.



CUEVAS DE LOS GUANCHES, EN LA CUESTA DE SILVA, A OCHOCIENTOS METROS SOBRE EL NIVEL DEL MAR

explicarnos varios detalles sobre la historia de esta raza singular.

Aquí, próximos al precipicio, evocamos la gallarda y arrogante figura de Guanháben.

Cuéntase de este guanche que por su destreza en la lucha y por su valentía, no había quien lo igualara. Un día, sin embargo, al celebrarse un torneo en el que él tomaba parte, se presentó un joven de recia musculatura pidiendo al Faican (gran sacerdote que presidía estos actos) permiso para medirse con Guanháben. El joven se llamaba Caitafa. Accedió el Faican. Acto continuo los curiosos lo rodearon. Trabáronse los hombres en cruenta lucha. Ninguno de los dos resultó vencedor. Eran dos adversarios terribles. Hicieron otras proezas de valor. Se acometieron con los magados (maza que concluía en dos grandes bolas, armadas



MANECE. Sobre la calma superficie del río, al soplo de la brisa se deshace en nacarados copos y remolineantes volutas la leve niebla que sobre él se extiende. En el oriente arreboladas franjas, como heraldos de luz, anuncian la salida del sol. Las lanchas de pescar permanecen amarradas en el Riachuelo de las canoas; no salen a jornada de trabajo, que es día de holgar. Dos bergantines y una saetía anclan frente al poblado, y allá a lo lejos, divisase una jangada de valiosas maderas del Paraguay, y la blanca vela de una tartana, que con bastimentos baja del Paraná.

Recórtase sobre la barranca el perfil del Fuerte y avanzando sobre la llanura extiéndese el caserio del Puerto de Buenos Aires.

Aun bregan la sombra y la naciente luz en las calles de la ciudad. Empezan a surgir entre el verde oscuro de las huertas, los techos de las casas; de roja teja las del señorío, de amarilla paja las del arrabal. En los tapiales, exuberantes las enredaderas, desbordan sobre las bardas, festoneando con guirnaldas de flores el obscuro adobe de las paredes. Alguna copuda higuera traspone el muro y avanza sobre la calle, tentando con sus frutos la gula y el golpe de honda de algún muleque. Tras las amplias rejas voladas, de recios barrotes y tosca forja, lucen rojos claveles reventones y en lo alto cuelgan matizadas flores del aire.

Al claror del riente día estremécense la hojarasca de los árboles con variado ruido; batir de alas, píos y gorgoros. En la barranca, donde antaño anidaran a millares, vocingleros loros lanzan sus gritos desde el borde de los nidos, que por azar escaparon al ojo avizor de los rapazueros.

En el linde del horizonte surge el rojo disco del sol y apenas sus rayos doran la giralilla de los campanarios, el seco estampido de un cañonazo, con fuerte cimbrón retumba en los aires. Es la salva de la Real Fortaleza en el día de San Martín, patrono de la ciudad.

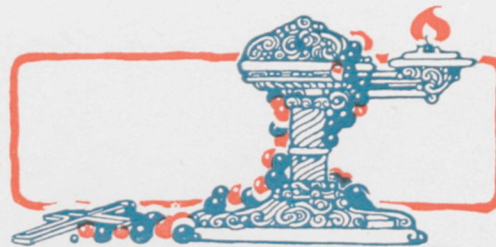
En el ventanal de la torre de San Francisco asoma el campanero. Al brusco tirón que da a la sogá, bate el badajo el bronce del esquilón lanzando metálica vibración. Súbito, turbión sonoro alegra al caserio; son las campanas de capillas y conventos que lanzan al espacio la loca algarrabía del repique.

Al estruendo del campaneio saltan los esclavos de las zaleas que de lecho les sirven y de las arropadas cujas se levantan los amos, que en tal día todos son mañaneros. Empieza el cotidiano trajín casero, que es mayor en las casas del paso de la procesión. Abrense en éstas, cofres y antiguos arcones de complicada cerraja, cuyas tapas al ser levantadas, dejan esparcir el olor de viejos perfumes y sahumerios. Sácanse con tiento descoloridos tapices, paños de brocado y de damasco; con ellos se paramentarán los frentes de las casas. Entretanto las mulatillas cubren el ventanaje con festones y colgaduras. Los negros esclavos escombran la calzada, que riegan luego con sendas canecas de agua. La gente menuda trébase en los tejados y tapias, entoldando la calle con arcos de ramaje, con profusión de flores de aroma y y de retama que embalsaman el ambiente. Afanosa el ama de casa, revisa prolijamente la dominguera vestimenta y satisfecha de su examen va colocando sobre los taburetes, basquiñas, faldellinas, jubones y tocas.

Al caer la tarde, cuando amengua la recia calor del día, el repique de campanas anuncia la salida de la procesión. El populacho llena las calles, que se han volcado en la ciudad todos los labradores, vaqueros y pe-

NARRACIONES COLONIALES

VNA PROCESSION EN 1645



ERATA-
REZO

gualeros de los pagos aledaños. También los indios amigos se han allegado, mirando todo con azorados ojos. El murmullo y parlería del chusmerío cesa al empezar el desfile.

Rompe la marcha un escuadrón de soldados de «Lanzas españolas» del presidio del Fuerte. Siguen, batiendo cajas, dos atabaleros y cuatro clarineros lanzan agudos y marciales toques. Vestidos de roja dalmática vienen los maceros del Cabildo; con asombro mira el pueblo las mazas de plata que llevan al hombro, de diez y ocho libras de peso y que en ese día estrenábanse.

Destócanse todos con gran respeto; sobre caballo morcillo, ricamente enjaezado, avanza don Pedro Sánchez Garzón, Alferez Real, tremolando el Estandarte; las floccaduras de oro y bordadas armas reales que sobre él se ostentan, corruscan a los rayos del poniente sol. Llevando las borlas van a su vera los alcaldes, de primero y segundo voto. Tras un espacio libre, pasan los clérigos y monaguillos con la cruz parroquial y blandones, y de dos en dos, vestidas de blanco, muy cucas con su escapularcito al cuello, las niñas de las hidalgas familias. Atrás caminan los niños de la escuela del Cabildo, con candelitas encendidas; cuatro de ellos llevan en pequeñas andas y bajo fanal, un niño Jesús de cera.

Desfilan los oficios con sus pendones y luego los negros libres de la Cofradía de San Benito; bien muestran sus adoloridos rostros que sus pies no están habituados a los gruesos tamangos que calzan.

Es la gente hidalga y pudiente de la ciudad la que sigue con humeantes hachas de cera, luciendo los más cruces y veneras. En andas cubiertas de terciopelo y en hombros de cuatro fornidos mulatos, llevan la imagen de San Roque, patrono contra las pestes, que de la capilla de San Juan, donde se venera, ha sido sacada. Rezando con gangoso tono vienen los frailes de los conventos: franciscanos, dominicos y mercedarios.

Rompe los aires agudo son de pífanos y chirimías: son los indios guaraníes, muy músicos, que de las misiones han mandado los padres jesuitas. El murmullo de la multitud anuncia el paso de los dignatarios y autoridades. Por su venera de oro señalase al Comisario del Santo Oficio, a un lado marcha el Notario de la Bula de la Cruzada. Su Señoría el Gobernador don Jerónimo Luis de Cabrera, el vencedor de los Calchaquies, lleva arrogante el Guión; sobre su hábito de Caballero de Santiago destácase la roja espadilla de la orden. A su derecha se ve al Teniente Gobernador, Almirante Luis de Aresti, y a su izquierda al Alguacil Mayor González Pacheco.

Arrodillanse los espectadores; precedido de sacerdotes y prelados, entre gargozadas de incienso, avanza el palio, cuyas varas sostienen los regidores. Bajo de él, llevando la Sagrada Custodia, va su Ilustrísima Fray Cristóbal de la Mancha y Velazco, Obispo de Buenos Aires.

Cierran la procesión los alabarderos y a la zaga gran golpe de gente: beatas, negros, mulatos, zambos e indios conversos.

Y aquella noche, en torno a la patriarcal mesa y a la luz vacilante de los velones, coméntase en todas las moradas la pompa y boato de la procesión. Luego, rezado con fe sincera el cotidiano rosario, duérmense tranquilos, no acuitados por las zozobras del presente, ni las angustias del mañana.

B. J. MALLOL.

GOUACHE DE ALVAREZ.



En una de las cien casas que forman la aldea de pescadores, y que se parecen todas por su forma, tamaño, número de ventanas y altura de las chimeneas, vivía el viejo Mattsson.

Todas las habitaciones de la aldea estaban provistas de los mismos muebles; en el antepecho de todas las ventanas florecían las mismas plantas; todos los armarios adornados con las mismas conchuelas y corales; en todas las paredes cuadros semejantes. Y, como las costumbres tradicionales así lo establecen, los moradores hacían idéntica vida.

El viejo Mattsson había colgado sobre la cabecera de su cama un retrato de la madre. Pues bien: una noche soñó que el retrato, descendiendo del marco, se le colocaba frente a frente y le decía con autoritaria voz: «Tú debes casarte, Mattsson».

El viejo Mattsson se apresuró a explicar al retrato de la madre que la orden era imposible de cumplir: tenía sesenta y dos años. Pero el retrato de la madre se limitó a repetir más enérgicamente: «Mattsson, tú debes casarte».

El viejo Mattsson tenía profundo respeto por el retrato de la madre. Durante muchos años, y en los asuntos difíciles, fué el único consejero del pescador, que nunca había tenido que arrepentirse de haber seguido sus consejos. Pero este nuevo modo de hablar le desconcertaba, por parecerle contrario a las opiniones que el retrato había dado siempre. Por dormido que estuviese, Mattsson se acordaba claramente de lo que sucedió la primera vez que quiso casarse. En el momento de vestirse Mattsson para ir a la iglesia, el clavo de que pendía el cuadro se salió, cayendo al suelo el retrato. Era una advertencia de la que él no hizo caso; mas bien pronto hubo de arrepentirse. Su breve matrimonio fué muy desdichado.

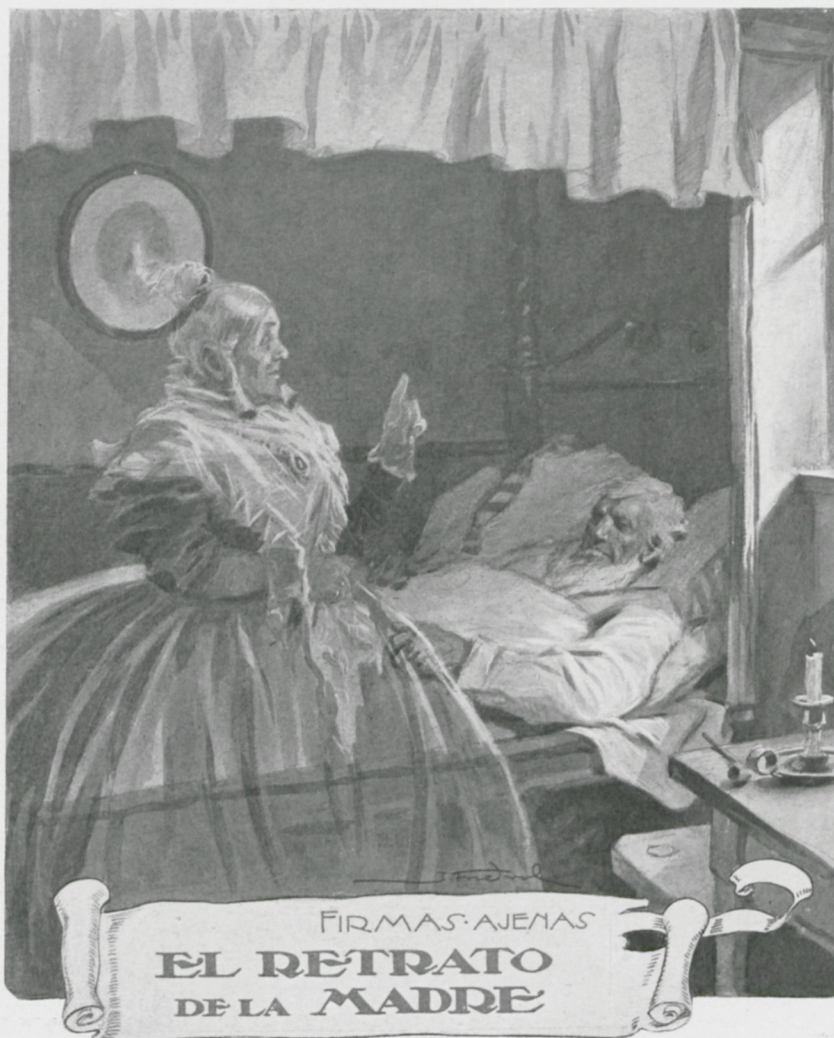
La segunda vez que iba a ponerse el traje de boda, el retrato cayó nuevamente. Entonces no quiso desobedecer, y, plantando a la novia y a todos los del casorio, huyó para engancharse de marinero. Hasta después de dar la vuelta al mundo, no se arriesgó a ir a la aldea. Y ¡he aquí que ese mismo retrato descendía del muro y le ordenaba que se casara! Apesar de su profundo respeto, Mattsson se permitió pensar que el retrato de la madre se burlaba. Sin embargo, aquel retrato, del más áspero rostro que los vientos mordientes y la espuma salada de las olas hayan cincelado, permanecía grave, y con una voz ejercitada y fortificada por largos años de pregones en la ciudad, repitió: «Tú debes casarte, Mattsson».

El viejo Mattsson rogó al retrato que tuviese en cuenta la clase de mundo donde habitaban. Las cien casas de la aldea tenían los mismos techos puntiagudos y los muros de adobes blancos; todas las barcas de la aldea se construyeron y se aparejaron siempre del mismo modo; nadie hizo jamás en la aldea nada de extraordinario. Si la madre hubiese vivido, sería la primera en oponerse a un matrimonio tan descabellado. Ella lo había dicho: «¿Es costumbre que se case un septuagenario?»

Entonces el retrato de la madre extendió su diestra adornada de sortijas, y severamente intimó la orden. Un prestigio fabuloso había rodeado siempre a la madre, cuando se presentaba con su vestido de seda negra lleno de volantes. Aquel gran broche de oro, aquella gruesa cadena de oro produjeron constantemente poderoso influjo sobre Mattsson. Si la madre se le hubiese aparecido en traje de pescadora, con la pañoleta en la cabeza, el mandil de hule cubierto de sangre y escamas, no le habría inspirado un respeto tan profundo. Mattsson prometió, pues, casarse, y el retrato volvió a su marco.

A la mañana siguiente el viejo Mattsson se despertó lleno de angustia. No acariciaba ni por asomo la idea de resitirse a las órdenes del retrato, que seguramente sabría mejor que él cual era su verdadero interés; pero temblaba presintiendo los terribles días que iban a sucederle.

Inmediatamente pidió en matrimonio la más fea de las hijas del pescador más pobre, una muchacha que tenía la cabeza hundida entre los hombros y cuya mandíbula inferior era prominente. Los



FIRMAS AJENAS EL RETRATO DE LA MADRE

padres lo aceptaron, y se señaló el día para ir a la ciudad y publicar las amonestaciones.

El camino de la aldea a la ciudad pasa a través de las marismas donde el viento se divierte. Es un trayecto de una milla. Pretende una leyenda, que los habitantes de la aldea son tan ricos que podrían cubrirle de hermosas moneditas de plata. ¡Qué extraño encanto da esto al sendero! Brillante como el vientre de un pescado, todo lleno de blancas escamas, serpentea junto a los carrizos y las lagunas desde donde sale el croar de las ranas. Las margaritas que adornan esta tierra abandonada por los hombres, se mirarian en el espejo de las bruñidas monedas, que los cardales protegen con sus espinas amenazadoras. ¡Qué resonancia toma allí la voz del viento cuando juega en los tallos de las cañas y en los alambres del teléfono! Tal vez el viejo Mattsson hubiera encontrado una satisfacción al pisar con sus pesadas botas de pescador sobre la plata sonora; lo cierto es que anduvo el camino más amenudo de lo que deseaba.

Sus papeles no estaban en regla, pues la novia que abandonó el día de la boda retardaba la publicación de las amonestaciones. Era necesario que el pastor escribiese a las autoridades eclesiásticas para obtenerle el permiso de contraer un nuevo matrimonio. El asunto se eternizaba.

Mientras tanto, el viejo Mattsson iba a la ciudad cada vez que se abría la oficina del sacerdote. Y, silencioso, tranquilo, esperaba a que el público se hubiera marchado. Entonces, solamente entonces, se levantaba, preguntando al pastor si había llegado carta.

—No; todavía no.

Al mirar a aquel viejo de gruesa camiseta, pesadas botas marinas, semblante rudo e inteligente y largos cabellos cubiertos con un sudeste, que sentado en el banco esperaba la autorización para casarse, el sacerdote se maravillaba de que el amor tuviese sobre un anciano un poder tan grande y tan a prueba de obstáculos.

—¿Tiene mucha prisa de realizar ese matrimonio, Mattsson? —le dijo un día.

—Hum, hum; cuanto más pronto se haga, mejor será.

—Pero, ¿no cree que sería preferible renunciar? Usted no es muy joven, Mattsson.

—El pastor no debería asombrarse —contestó el viejo a manera de defensa. Luego añadió:

—Sé bien que soy viejo; pero es necesario que me case; es necesario.

Y, de semana en semana, fué a la rectoría durante seis meses, pues hasta los seis meses no llegó el permiso.

Durante todo ese tiempo el viejo Mattsson fué constantemente perseguido. Por todas partes, en la verde plaza donde se secan las redes, a lo largo de los muelles, alrededor de las mesas del mercado, hasta en altamar durante la persecución de los bancos de arenques, se oía retumbar una tempestad de asombro y risas.

—¡Ah, ah, se casa Mattsson; el Mattsson que huyó la misma mañana de su boda!

Ni a la novia ni a él, se le regatearon las burlas; pero lo peor era que nadie encontraba la cosa más ridícula que el mismo Mattsson. El retrato de la madre quería volverle loco.

A la mañana del domingo en que se publicaron las amonestaciones, el viejo Mattsson quiso huir de la curiosidad y las burlas con que le molestaban y se alejó solo por la playa. Al pie del faro encontró a su novia que lloraba. Mattsson la interrogó. ¿No habría querido casarse con otro? Ella, sin responder, arrancaba con un dedo pedacitos de yeso de la muralla, dejándolos caer en el mar.

—¿Es que por acaso no ama a alguien?

—No; a nadie.

¡Qué hermoso es estar allí, al pie del faro! El agua límpida chapotea por todas partes. La orilla aplastada, las casitas uniformes de la aldea, la ciudad en lontananza, están bañadas por el resplandor del Sund y por su belleza siempre nueva. De vez en cuando una barca emerge de entre las brumas que flotan sobre el oeste del horizonte, lanzándose gallardamente por la estrecha abertura, con la proa llena de las risas del agua. De repente las

velas caen. Los pescadores agitan sus gorros y en el fondo de la embarcación brilla la presa ganada.

Mientras que el viejo Mattsson estaba en la playa, una barca entró en el puerto. Un muchacho, que iba sentado al timón, se descubrió saludando a la niña. El viejo vió resplandecer un fulgor en los ojos de su novia.

—¡Ah! —se dijo— tú estás enamorada del mozo más lindo de la aldea. No ha de ser tuyo nunca. ¡Más vale casarse conmigo que esperar a él!

¡No había modo de escapar a la voluntad del retrato de la madre! Si la muchacha hubiera amado a cualquier hombre, con probabilidades de éxito, Mattsson se habría creído autorizado para esquivar el casamiento. Mas en él aquel caso no tenía ninguna razón plausible para devolverle la libertad.

Quince días después se celebró el matrimonio, y poco más tarde sobrevino la terrible tempestad de noviembre.

Una de las barquitas de la aldea perdió el mástil y el timón, y enteramente desamparada se fué a la deriva sobre las olas del Sund. El viejo Mattsson y los otros cinco hombres que la tripulaban erraron así durante dos días y dos noches. Cuando se les salvó estaban casi muertos de hambre y de sed, helados, y sus vestidos habían comenzado a ponerse rígidos. El viejo Mattsson no recobró jamás la salud. A los dos años de languidecer murió.

Muchas personas entonces juzgaron muy curioso que hubiese tenido la idea de casarse precisamente antes del naufragio, porque la mujercita elegida había resultado una buena enfermera. Solo, ¿qué habría sido de él? Toda la aldea de pesca reconoció que en toda la vida hizo Mattsson nada más prudente; y la mujercita adquirió una gran reputación a causa del extremado cuidado que dedicó al enfermo.

—¡He aquí una, —exclamaban,— que se volverá a casar fácilmente!

Durante todos los días de su enfermedad, el viejo Mattsson contó a su mujercita la historia del retrato.

—Cuando yo esté muerto, será tuyo, —decía,— como todo lo que me perteneció.

—Cállate; no hables de eso...

—Será tuyo el retrato de la madre, y cuando los pretendientes vengan, obsérvala. Te aseguro que en toda la aldea no hay nadie que conozca mejor los asuntos de casamiento que ese retrato.

SELMA LAGERLÖF.

DIBUJO DE FRIEDRICH.

LAS HUMILDES GENTES Y LAS HUMILDES COSAS

Por FERNANDEZ
MORENO



BALADA DE LAS POBRES PROFESORAS DE PIANO Y SOLFEO

Todo el barrio estaba
de estas chapas lleno...
«Profesoras de
Piano y Solfeo.»

Había discípulos...
sobraba dinero...
¡Brillaban alegres
las chapas al sol!

Mas vino la crisis
y es claro ¡el puchero!
¡Cuánta chapa sucia
de piano y solfeo!
Mi, fa, si, re, do...

La niña de arriba,
la del carpintero...
¡Pobres profesoras
de Piano y Solfeo,
de caritas feas
y de ágiles dedos!...

¡Oh, Santas Cecílias!
Mi, fa, si, la, sol...



ORILLAS DEL MALDONADO

Orillas del Maldonado,
arroyuelo miserable...
¿Dónde naces, Maldonado?
Mal puedes decir que naces
arroyuelo...

Te mueres en todas partes.
Entre una lepra de casas,
es tu fango verdequeante
común cajón de inmundicias
y sepulcro de animales.

Yo bien quisiera cantar
tus álamos y tus sauces
y decir: — ¡Oh, Maldonado,
río de mi Buenos Aires!

E irme por tus riberas
las mañanas y las tardes,
con mi ensueño y con un libro
de versos sentimentales.

Y cuando estuviera triste
en extranjeras ciudades,

exclamar: — ¡Oh, Maldonado
río de mi Buenos Aires!

Santa Rita, Villa Crespo,
Liniers, Floresta... es en balde,
no eres ni Tiber, ni Sena,
ni siquiera Manzanares.

No me hables del de la Plata,
Maldonado, no me hables...
Yo no gusto de los ríos
anchurosos como mares.

Yo quisiera un río íntimo,
transparente y ondulante,
lleno de puentes románticos
y las orillas con árboles.

Entonces sí que me iría,
por las tierras más distantes,
cantando así: — ¡Río, río,
río de mi Buenos Aires!

DIBUJO DE ÁLVAREZ.



EL BUEN INSPECTOR DE TRANVIAS

DOMINGO

De uniforme nuevo
su jardín cultiva
el buen inspector
de tranvías.

Primero el terreno,
luego la casita...
¡La dulce epopeya
de la economía!

Es una monada
esta «Villa Emilia».
El jardín tan verde,
la casa tan limpia.

De uniforme nuevo
su jardín cultiva,
el buen inspector
de tranvías.



NUESTROS CRÍTICOS

JUAN PABLO ECHAGÜE

Tal es la sinceridad de sus opiniones y tan imparcial es su criterio sobre obras e intérpretes, que siendo el de crítico oficio de «pocos amigos», ha sabido captarse la simpatía general de autores y actores, logrando que éstos acaten y respeten sus juicios, ya sean favorables o adversos.

Hay en Buenos Aires unos cuantos «tipos populares»: Palacios, Peracca, el viejo Conde, etcétera, etc., cuya pesquisa, en un momento dado, sería sin duda, cosa sencillísima, pues no hay cochero, chauffeur, camarero, mozo de hotel, empleado de tienda o portero de teatro, que no les conozca y no pueda decirnos donde están, donde les han visto o donde han ido.

Juan Pablo Echagüe es uno de ellos.

Alto, arrogante y pausado en el andar; con la cabeza cubierta por ancho y bien planchado chambergó, algo echado hacia la frente, más no con la compadre inclinación del chambergó criollo, sino con la donosa caída de un chambergó mosquetero; tiene toda la gallarda apostura de un d'Artagnan. Diríase al verle que es uno de aquellos gentiles caballeros que se hubiera quedado rezagado por el mundo...

Cuando fuí a verle a su garçonniere, Montevideo, 751, «Jean Paul», tal es su pseudónimo y así le llaman cariñosamente sus amigos, escribía sin duda uno de sus brillantes artículos para «La Nación».

— ¿Molesto?

— Al contrario; — y señalándome una silla junto a su mesa de trabajo, añadió: — Estaba haciendo unos apuntes sobre el estreno de esta noche, cuyo ensayo general acabo de ver... Puede usted empezar cuando quiera.

— Pues manos a la obra, — dije yo viendo que tan fácilmente se iniciaba el reportaje. — ¿Por qué se ha dedicado usted al periodismo?

— Mi vocación por el periodismo y por las letras es una vocación hereditaria. Escritor fué mi padre, y escritor mi tío materno. El primero redactó en San Juan el famoso periódico «El Zonda», fundado por Sarmiento. Solía llevarme a la imprenta con frecuencia, y puede decirse que mi inteligencia se despertó entre letras de molde.

— ¿Por qué ha adoptado usted el pseudónimo de Jean Paul?

— Tiene su historia mi pseudónimo. Cursaba yo el primer año de Colegio Nacional, en San Juan, y figuraba en los programas una clase de francés. Averigüé por anticipado como se pronuncia-

ba mi nombre de pila en ese idioma, y cuando el profesor, al pasar lista, me preguntó como me llamaba, me puse de pie y le contesté enfáticamente, muy ufano de mi saber: ¡Jean Paul! No sé por qué diablos mis compañeros tomaron la cosa en chunga, y una larga risotada estalló en el aula. Desde entonces mis condiscípulos no me llamaron sino Jean Paul. Más tarde, lanzado ya en el periodismo metropolitano, adopté como pseudónimo la traducción francesa de mi propio nombre.

— ¿Hace mucho tiempo que es usted periodista?

— Puede decirse que cuando vine de San Juan, niño todavía, me fuí de la estación a la imprenta. Entré a la redacción de «El Argentino», diario radical de combate, dirigido por el doctor Lisandro de la Torre. Era su secretario de redacción, José Luis Cantilo, cumplidísimo caballero y excelente periodista, por quien conservo vivo afecto. Cantilo me agregó a la sección teatros. Allí empecé a hacer gacetillas y allí se decidió mi vocación de crítico teatral. «El Argentino» desapareció algún tiempo después, y yo, solicitado por actividades de otra índole, abandoné el periodismo. Volví a él diez años más tarde y no he vuelto a dejarlo. De entonces a aquí he tenido a mi cargo la crítica de los siguientes diarios: «El País», «Diario Nuevo», «El Diario» y «La Razón». Actualmente, y desde hace más de cuatro años, tengo el honor de desempeñar la dirección de la sección «Teatros», de «La Nación», cuyas tareas comparto con el colega Ojeda; con García Velloso, cuya obra de dramaturgo me ha tocado juzgar muchas veces... y con Arturo Cancela, espíritu ágil, mordiente y agudo, que, lo digo con placer, se ha iniciado junto a mí en el periodismo y está destinado a una brillante actuación en nuestras letras.

— En su vida periodística, ¿cuál es el hecho que recuerda con mayor satisfacción?

— Uno que se relaciona con «Caras y Caretas». Cuando apareció esta revista, yo no había publicado ningún artículo firmado. Poco tiempo después que salió a luz «Caras y Caretas», yo escribí una leyenda Sanjuanina titulada «La Quebrada de las Animas». Yo no conocía a Fray Mocho, que era el director del semanario. Fuí a verlo, sin embargo. Fray Mocho me recibió bondadosamente, prometiendo leer mi manuscrito. Ocho días después, volví. No lo había leído todavía y me pidió que yo mismo se lo leyera. Así lo hice. Mi voz temblaba... — ¡Vamos! — me dijo «El Mocho», como se le designaba afectuosamente — no se asuste usted. Su cuento es bueno y lo publicaré, y no sólo publicaré éste, sino todos los que me traiga. He aquí la mayor satisfacción de mi vida periodística. Cuando bajé la vieja escalera de la calle Maipú, iba en pleno éxtasis. «La Quebrada de las Animas» se publicó, en efecto, y ya no fué sólo Fray Mocho quien me estimuló a seguir escribiendo, sino Manuel Mayol, que tuvo en todo momento palabras de aliento para mis ensayos. Mi iniciación literaria está, pues, vinculada con una deuda de gratitud hacia los dos directores primitivos de «Caras y Caretas».

— Además de periodista, ¿es usted catedrático, verdad?

— Sí; dicto dos cátedras de Historia de la Edad

Media, Moderna y Contemporánea, en el Colegio Nacional Bernardino Rivadavia.

— ¿Piensa usted editar alguna vez sus críticas?

— Sí. Actualmente se está imprimiendo en Europa un libro en el que recopiló la mayor parte de mis crónicas teatrales publicadas en «La Nación» en los últimos tiempos; se titulará «Crónicas de Media Noche».

— Para terminar, amigo Jean Paul, ¿cree usted eficaz la crítica teatral? ¿Cree usted que influye algo en los gustos del público? ¿Cree usted que la acatan los autores, o los cómicos?

— Sobre esta cuestión de la crítica he dicho ya mi opinión en mi libro «Prosa de Combate». Creo que la crítica teatral tiene su eficacia cuando se ejerce con sinceridad, con independencia y con altura. Un crítico puede llegar a tener autoridad sobre el público y por consiguiente a dirigirlo en una cierta medida. Pero el público no les acuerda autoridad sino a aquellos críticos que le inspiran confianza. Y no le inspiran confianza sino los que han dado pruebas de merecerla. Pero este asunto de la crítica y de su autoridad es complejo y no debe ser tratado a la ligera. Desde mi punto de vista personal, creo que la nuestra debe ser indulgente con los que comienzan, y exigente con los que tienen un nombre. No debe ser demasiado puntillosa y detallista sino guiar por ideas generales, con arreglo a un criterio estético en consonancia con la cultura ambiente.

Y así terminó nuestra interesante charla.

EMILIO DUPUY DE LOME.



CARICATURA DE ALONSO.



Accediendo a una amable invitación de esta revista, que desea recordar el quinto aniversario de la muerte de Florentino Ameghino, escribo estas líneas sobre algunos aspectos actuales de la obra del ilustre sabio.

No abusaré de los lectores repitiendo el elogio de Ameghino, ni la narración de su laboriosa y noble existencia, tan llena de dificultades como de enseñanzas: para los hombres de su temple, los obstáculos son un verdadero acicate, y nada más instructivo que considerar la manera cómo los han vencido; pero sobre todo esto se han escrito ya numerosas páginas, algunas de alto valor literario.

Creo, pues, que los lectores realmente interesados en las investigaciones de nuestro naturalista, tendrán más bien deseo de conocer el estado actual, según publicaciones hechas con posterioridad a su muerte, de algunos problemas relacionados con la geología y la paleontología de la Argentina y en especial de la Patagonia. Trataré sólo dos de los casos, agregando algunas consideraciones, necesariamente muy sucintas, dada la índole de este artículo.

Se sabe que uno de los puntos más debatidos de la geología argentina es el de la edad y la correlación de las formaciones sedimentarias de la Patagonia. La base para su determinación, es el estudio de los restos fósiles que contienen, y su relación con los ya conocidos en otros continentes. Sobre esto, Florentino Ameghino ha construido un edificio maravilloso, basándose principalmente en los descubrimientos importantísimos de su hermano Carlos. Sus conclusiones fueron en gran parte discutidas, y sobre ellas se empeñaron grandes y a veces agrias polémicas. Veamos uno de los ejemplos.

En la Patagonia han vivido unos grandes mamíferos ungulados, llamados Piroterios (*Pyrotherium* y otros géneros afines), en una época que correspondería, según F. Ameghino, al cretáceo superior. Los Piroterios eran, según él, Proboscídeos y antepasados de los Elefantes actuales y de los extinguidos Mastodontes. Los Piroterios habrían pasado al África por una conexión terrestre, la Arquelenis de Ihering, que entonces la

Algunos aspectos de la obra de FLORENTINO AMEGHINO

unía con Sud América. Estas ideas fueron rechazadas por la mayor parte de los geólogos y paleontólogos. Se decía que los Piroterios no eran Proboscídeos, ni tenían nada que ver con los Elefantes ni con los Mastodontes, y que nada probaba la existencia de aquella unión continental. Además, algunos autores, como el renombrado paleontólogo alemán Max Schlosser, afirmaron que aquellos animales eran muchísimo más modernos de lo que Ameghino había supuesto; Schlosser los colocaba en el Terciario medio o superior (mioceno). Agreguemos como curiosidad que Hatcher llegó a sugerir la idea de que eran cuaternarios, y parece que algunos hasta creyeron que eran simplemente fantásticos.

Pero he aquí que con posterioridad a la muerte de F. Ameghino, una expedición venida especialmente de los Estados Unidos, bajo la dirección del profesor F. B. Loomis, del Colegio de Amherst, para estudiar las faunas extinguidas de la época del Piroterio, halla dos cráneos enteros de estos animales (cosa que Ameghino no conoció, pues entonces existían sólo fragmentos), y de su prolijo estudio deduce que eran realmente Proboscídeos, y que están en indudables relaciones de descendencia con los antiguos elefantes del Terciario

de África. Ha existido, pues, según Loomis, una conexión continental por medio de la cual se ha verificado el intercambio de las faunas. En cuanto a la edad de las capas piroterianas, Loomis la considera oligocena, esto es, intermedia entre la que le asignan F. Ameghino y Schlosser.

Aceptando, como he dicho, las relaciones con los Proboscídeos de África, Loomis cree que son los de Patagonia los que descienden de los africanos y no a la inversa. Esto resulta lógicamente de la edad que Loomis atribuye a las capas piroterianas, pues si éstas son más modernas que las correspondientes de África, es claro que los animales en ellas contenidos deben derivar de los de allá. Todas estas ideas, aquí muy brevemente expuestas, han sido desarrolladas por Loomis en una obra especial (1), resultado de su exploración de seis meses en el Chubut y Santa Cruz.

Carlos Ameghino ha dedicado a la crítica de la obra de Loomis un artículo luminoso (2), en que acepta en parte y en parte rechaza las opiniones del sabio norteamericano. Lamento no poder detenerme mucho en el análisis de tan interesante publicación, que ha llamado la atención en los centros científicos del viejo mundo; la importante revista *Nature*, de Londres, ha hecho comentarios sobre ella en más de una ocasión (3).

Carlos Ameghino acepta, separándose en esto de la opinión de su finado hermano (y demostrando así su imparcialidad y su desapasionamiento) que las capas con *Pyrotherium* sean un poco más modernas de lo que aquél suponía, pero no tanto como lo pretende Loomis; las ubica en el Terciario más antiguo, en el Eoceno basal. En todo lo demás, mantiene las ideas de F. Ameghino.

Pero el punto más notable en esta discusión, y que si no me equivoco marcará una época en la historia de nuestros estudios geológicos, no es precisamente el que se refiere a las capas piroterianas, sino a otras que están más abajo y que se designan con el nombre de «notostilopenses» (de *Notostylops*, el mamífero fósil más típico de ellas). F. Ameghino ha sostenido siempre que estas capas son de edad decididamente cretácea, aunque con-

tienen una fauna de mamíferos placentales (es decir no marsupiales) ya muy diferenciada, cosa que no se conoce en ninguna otra parte del mundo; por esto es que se acepta en paleontología como un axioma, el que los mamíferos placentales han aparecido sólo en el Terciario inferior. Loomis no ha hallado casi nada de los fósiles notostilopenses; pero en la parte norte del Golfo San Jorge encontró ciertos estratos que, por otras razones, afirma son de edad cretácea. Ahora bien, Carlos Ameghino, que ha explorado esa misma localidad, y que en la gran obra hecha en colaboración con su hermano en 1906, había señalado la presencia de las capas con *Notostylops* en ese mismo punto, afirma a su vez que los terrenos reconocidos por Loomis como cretáceos son ni más ni menos que los del notostilopense! Y para probarlo, invita al paleontólogo norteamericano a visitar juntos, y en compañía de otros geólogos, la misma localidad, donde se compromete de antemano a encontrar en su presencia los fósiles típicos del *Notostylops*. Así, pues, Loomis, que no cree en la edad cretácea de estos fósiles, habría venido a proporcionar la prueba en contra de su propia teoría.

Este es un punto de extraordinario interés para nuestra paleontología; puede decirse que es el eje de la cuestión, pues resuelto él, la solución de todos los demás está dada, o al menos considerablemente facilitada.

Su trascendencia en el campo general geopaleontológico sería inmensa. Para la ciencia europea, pretender que pueda haber habido mamíferos placentales en el cretáceo, es lo mismo que pretender la existencia del hombre en el Terciario: son dos cuestiones que consideran definitivamente resueltas por la negativa.

A la solución lisa y llana de tan importante problema tiende el desafío (llamémosle así) que Carlos Ameghino lanza a Mr. Loomis. De ello se hace eco el paleontólogo del Museo de París, M. Thévenin, en un comentario (4) sobre el artículo de Carlos Ameghino, en que hace notar de paso que no se puede poner mayor cortesía en la manera con que éste trata a su contrincante, y lamenta que la deplorable situación creada por la guerra no permita a los sabios europeos aceptar la invitación que Carlos Ameghino hace extensiva a ellos.

En cuanto a Loomis, hasta ahora no ha contestado nada; pero sea que respondiera o no, sería de desear ardientemente, por razones científicas y patrióticas, que algunas de nuestras instituciones reuniera un grupo de personas competentes y se hiciera con ellas una expedición a la Patagonia, nada más que para aclarar definitivamente esta cuestión.

Sería de desear también que la empresa fuese costeada con fondos particulares (única manera, por otra parte, en que la idea sería factible en las actuales circunstancias). Los fondos podrían reunirse por subscripción entre algunas personas pudientes de las muchas que sin duda habrá entre los admiradores de Ameghino, que son todos los argentinos. La expedición de Loomis fué costeada con recursos de la sociedad de ex alumnos del Colegio de Amherst. ¿No habrá, entre los ciudadanos argentinos, quienes se tomen en sus propias cosas más interés que aquellos jóvenes de una ciudad del hemisferio norte?

Una obra que contuviese la exposición científica seriamente presentada, de los resultados de tal expedición, sería, en el estado actual de nuestros conocimientos, una de las más valiosas que hoy podríamos ofrecer al mundo, y todos los que a ella hubiesen contribuido merecerían bien de la patria y de la ciencia.

El otro ejemplo a que me refería es también muy interesante. Se trata de uno de los capítulos más notables de la historia de la fauna argentina, el de los monos fósiles. Todo, absolutamente todo, lo que de ellos se conoce, es lo que ha hallado Carlos Ameghino y descrito D. Florentino.

Entre los diversos géneros que éste dió



EL PYROTHERIUM. RECONSTRUCCIÓN SEGÚN EL PROFESOR W. B. SCOTT. — EL ESTUDIO RECIENTE DEL PROFESOR F. B. LOOMIS SOBRE LAS FAUNAS EXTINGUIDAS DE PATAGONIA, HA DADO MOTIVO PARA QUE CARLOS AMEGHINO «DESAFÍE» A AQUEL PARA COMPROBAR SOBRE EL TERRENO, LA VERDADERA EDAD DE AQUELLA FAUNA.

a conocer, el más importante es el que llamó *Homunculus*, por considerarlo como un mono de aspecto de un hombrechito.

El tal *Homunculus* había intrigado mucho a los paleontólogos. Se dudó, no sólo de sus caracteres más o menos humanos, sino hasta de su existencia. La expedición enviada por la Universidad de Princeton, en los últimos años del siglo pasado, no pudo hallar ni un solo fragmento del misterioso «hombrechito».

Sus restos existían, sin embargo, y estaban en la colección particular de los hermanos Ameghino.

Un profesor de la Universidad de Zürich, el doctor H. Bluntschli, emprendió entonces (poco después de la muerte de F. Ameghino) un viaje a Sudamérica, uno de cuyos fines principales era estudiar las famosas piezas originales de los Primates fósiles de Patagonia, en la colección citada. Bluntschli es un zoólogo y anatomista renombrado,



RECONSTRUCCIÓN DEL PYROTHERIUM, SEGÚN LA OPINIÓN DE FLORENTINO Y CARLOS AMEGHINO.

do, que se ha especializado en el estudio de los Primates.

A su vuelta a Europa, Bluntschli dió a conocer, en una de las reuniones anuales de la Sociedad Anatómica Alemana, las principales conclusiones de sus investigaciones. (5)

Según ellas, *Homunculus* es, sin duda alguna, un género bien caracterizado de monos, «y hasta ahora el único documento importante para la historia de los Primates de Sudamérica.»

Diffiere empero de la opinión de F. Ameghino, en cuanto a la posición sistemática que el género debe ocupar. Cree que por sus caracteres está próximo a los actuales monos platirrininos de la América Meridional. Los detalles sobre que se funda la divergencia son demasiado especiales para entrar a discutirlos aquí; pero puede asegurarse que ellos son, en gran parte, una cuestión de apreciación en cuanto al grado de las semejanzas y diferencias, y al modo cómo debe hacerse la reconstrucción del cráneo incompleto del *Homunculus*.

Otras consideraciones interesantes agrega

Bluntschli respecto de F. Ameghino y del carácter de su obra científica, cuya transcendencia reconoce. Opina que los ataques que de ella ha sido objeto en el extranjero son, en gran parte, injustificados, pues no se ha tenido suficientemente en cuenta las condiciones adversas, la falta de medios, de bibliotecas nutridas, de material de comparación, etc., con que tuvo que luchar. «Ciertamente — concluye — la investigación severa refutará todavía algunas de sus interpretaciones científicas; varias conclusiones resultarán distintas de las que él formuló; pero de una cosa estoy cierto, y es que el porvenir juzgará con más justicia que la actualidad a este hombre extraordinario». Palabras bien expresivas si se piensa que han sido pronunciadas en uno de los centros de donde partió la más viva oposición a las ideas ameghinianas, y por uno

que, en una buena medida, tampoco las comparte.

Pero volviendo a los Primates fósiles, otra conclusión de sumo interés a que llega Bluntschli respecto de las relaciones entre los monos del viejo y los del nuevo mundo: afirma que tanto *Homunculus* como los Cébidos actuales de Sudamérica tienen estrechas relaciones con los Prosimios del otro continente, relaciones que deben considerarse como de descendencia común.

Admite — nótese esto — que el estudio de los Primates conduce a hacer muy verosímil la existencia de una antigua conexión continental entre Sudamérica y África, en contra de la opinión de Schlosser.

Es, como se comprende fácilmente, muy sugerente el hecho de que dos autores diferentes, que abordan, sin prejuicios en pro ni en contra, el estudio del problema por dos lados distintos, como Loomis y Bluntschli, lleguen a conclusiones tan semejantes.

Y éstas son dos, nada más, de las múltiples vías que deja abiertas Florentino Ameghino. Para continuarlas todas, sería necesario el concurso de numerosos colaboradores; sería necesario proveer a la formación de un grupo de paleontólogos argentinos que, recogiendo la herencia del maestro, continuasen su obra. Tarea grande y difícil, pero necesaria, y que exige en los obreros, no sólo un gran amor a la ciencia y al trabajo serio, sino también una buena dosis de modestia y de abnegación: porque la obra futura no ha de dar brillo personal a ninguno de ellos.

Florentino Ameghino representa, en la historia de la investigación de nuestro suelo, la edad heroica. Es bueno habituarse a la idea de que ya no habrá otro como él. Probablemente pasará mucho tiempo antes de que, por el esfuerzo

combinado de nuevos investigadores, se consiga llenar, aunque sea en parte, el vacío que ha dejado.

Reconozcámoslo con franqueza y sin avergonzarnos demasiado por ello.

Cuando falleció d'Orbigny, — el gran d'Orbigny, a quien tanto debe también la investigación científica del suelo americano, — fué, según Zittel, imposible encontrar, a pesar de los esfuerzos de la Sociedad Geológica de París, quienes fuesen capaces de continuar dignamente, ni aun reuniéndose varios especialistas, su grandiosa *Paléontologie française*, que él había hecho solo. Y esto sucedía en la Francia de mediados del siglo XIX, en medio de una cultura científica de las más ricas y también de las más fecundas.

No hay que asombrarse, pues, de que dificultades mayores se presenten hoy en la Argentina. Pero esta es una razón de más para que los trabajadores de buena fe y de buena voluntad sumen sus fuerzas, para ver si entre todos pueden mover la tizona de este nuevo Cid, en quien, como en el de la leyenda, la vida continúa alentando.

Sería una gran cosa que los lectores comprendieran que hay en estas palabras algo más que una metáfora; pero algo mucho más grande sería que también lo sintieran.

MARTÍN DOELLO-JURADO.

Museo Nacional de Buenos Aires, agosto de 1916.

- (1) F. B. LOOMIS, *The Descent Formation of Patagonia*, 1 vol., Amherst, Mass., U. S. A., 1914.
- (2) C. AMEGHINO, *Le Pyrotherium, l'étage pyrothérien*, etc., en *Physis* (revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales), tomo I, p. 446.
- (3) Véase *Physis*, tomo II, p. 72.
- (4) *Revue Critique de Paléozoologie*, abril de 1916.
- (5) *Anatomischer Anzeiger*, supl. tomo 44, pág. 33-43.



PROPIEDAD DE LA SEÑORA
ZELMIRA FAZ DE GAINZA

EL HIDALGO

ÓLEO DE SALVADOR SÁNCHEZ BARBUDO



La bayadera errante

Por

EDMUNDO MONTAGNE



Iba solo, perdido en el alcázar.
Algo de la inquietud del niño absorto
en los encantos de un jardín ajeno,
hizo mi paso desconfiado y corto.

El deleite sereno
de la contemplación quedó turbado
en medio a un patio enorme, amurallado,
donde el rumor del agua de la fuente
era tan acallado
que en la espaciosidad de monasterio
del ámbito silente
más sensible tornábase el misterio.

Temí un momento estremecerme, cuando
vi que en distante ángulo mi guía,
negro guardián, me estaba contemplando,
y, comprendiendo mi pavor, reía.

Fuíme tras él por una galería
junto a un verjel risueño;
y, alegrada mi alma, dije al guía:
— Es la mansión cual tu señor, su dueño:
si con amplio saludo nos hospeda,
su corazón a nuestro arbitrio queda
como un sombrero de frescor y ensueño;
mas si la austeridad cierra su ceño
con un signo profundo,
el símbolo remeda
del arcano del mundo.

— Paréceme que sí, — completó el guía.
El patio del silencio dió a tu mente
un bello símil que Zafir querría
cuando canta al Sultán. Mas ten presente
que ni su torvedad ni su alegría
conoces suficiente todavía.
Déjote ya en la sala en que las horas
se desvanecen en el vago hechizo
de bellas danzadoras.

Tras de la gran zalema que me hizo...
fué el guía. La puerta
frente a la cual quedé, de pronto abierta
tuve a mi paso y penetré en la sala.
Era toda de gala.

Tan soñado portento
ningún prodigio de este mundo iguala.

Ni el diluido concento
con que gemían alejadas guzlas,
ni el plácido ademán con que a su asiento
me llamara el Sultán, por un momento
lograron distraer la estupefacta
contemplación de tanta maravilla.

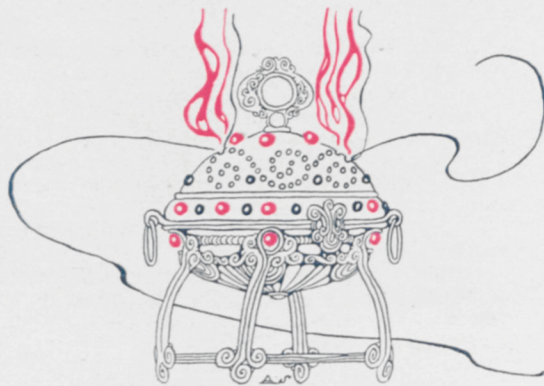
¡Ah, si la cuenta exacta
pudiera dar de aquello, sin mancilla
de la verdad, mi ansioso pensamiento!

Todos miraban hacia allá, distante
vagamente, esperando
que saliera a danzar una danzante
o acaso adivinando
en la alcatifa puesta sobre el muro
el cuadro tinto con primor: idilios
de adalides tornados,
tras llorados exilios,
de legendaria guerra, embelesados
ante sus favoritas en edenes
de tan subidos bienes
que nunca al mundo fueron revelados.

Junto a los frisos de arabescos rojos
sobre dorado pie los pebeteros
de mármol negro humeaban
gratos a las huries
de cuerpos leves y hechiceros ojos
que en el cielo vagaban.

De ópalos y nácar y rubíes
hallábase en diseños incrustado
el prodigioso estrado
en que rodeaban jefes y alfaquíes
al Sultán, abstractivos
bajo el blanco turbante,
como si meditaran los motivos
de los edenes del tapiz distante.

A mí, que a su llamado me postrara
sobre el cojín que al lado me guardara,



díjome entonces el Sultán: — Perdiste
el baile de Abla la maravillosa
bajo el bordado tul de Alejandria.
Ella es ágil gacela más hermosa
que el esplendor del día.

Pero tampoco a la Esmirniana viste
la de rasgada túnica que muestra
la turgente garganta
divina, si en el baile el torso engrie,
divina cuando ríe,
divina cuando canta.

Mas sones vienen de tambor velado,
dulzinas y laúdes.

— ¿Es ella? — le interrumpo.

— No lo dudes:
es la Indú, — me responde, — que ha llegado.

Como entre niebla de marina aurora
entre el incienso errante y azulado
avanza la mujer que danza ahora.
Ya da su cuerpo a uno y otro lado
leve contorno y su mirar de fuego
y de noche profunda y de dulzura,
en los rostros severos del estrado
pasea con recóndito sosiego
que atrayendo acaricia y da pavora.

En la muelle cadera
puestas las manos, ánfora viviente
parece al avanzar la bayadera.
Detiéndose, y los brazos extendidos
hacia el Sultán, el cuerpo en reverente
genuflexión doblega,
y luego en cruz, con un temblor estrega
los cromados collares
de su pecho, los áuricos anillos
que adornan sus tobillos:
ofrendas, recogidas en aduare
y villas, del asombro de las gentes
que no hallaron más inclitos presentes
en ignotos bazares.

Y ¿qué son esos velos
como randas de bruma
de matinales cielos
que ya mece en sus brazos entre el humo?
Son dos cisnes más albos que la espuma,
y el cuerpo de la Indú forma un esquife
y en él navega con misterio sumo
un extraño jerife.

Ya los cisnes no son. Y ya en un manto
el jerife está envuelto, y en la diestra
el lirio sacro, el loto,
devotamente muestra.

Y ya desde el oriente más remoto
el mar de prueba cruza. La danzante
se ha transformado en agua y nube y viento
al torbellino de un girar violento
sobre un centro de fuego centellante.
Y gira y gira y queda serenado
su volteo sin fin que se ha trocado
en un loto gigante.
¡Oh, la sagrada ofrenda: cómo brilla
tornasolada y recamada de oro!
Pasmado en el recinto queda el coro
ante esa enorme flor de maravilla.

Súbitamente dan un estallido
collares y aros; simultáneamente
los sones cesan y de pie en la alfombra
entre incienso y velos queda extática
la Indú, triunfal, hierática,
sumida en el Gran Ser que no se nombra.

Al huerto han sido abiertas
ventanales y puertas,
y al frescor de los verdes naranjales
la bayadera anima sus nasales
combas con tal fruición y abre tan lenta
la noche ardiente del mirar, que alienta
todo bien, se creyera, en su fatiga.
Y sonríe al Sultán que, incorporado
ante las quietas gentes del estrado,
dice: — ¡Alá te bendiga!



(Por la tarde, en la biblioteca del club. Alberto, hundido en un sofá de cuero, paladea un San Martín y va a morder una papa frita, redonda y dorada como una moneda, cuando aparece Luis, su amigo. Le llama y le invita a sentarse a su lado. Luis acepta. Al sentarse, tose y estornuda.)

ALBERTO. — ¿Resfriado?

LUIS. — Naturalmente. Agosto es el mes de los catarros. Por todos lados narices encarnadas, voces enronquecidas, ojos llorosos.

ALBERTO. — Colazos del Colón. Habrás pescado ese resfrío en el túnel, mientras esperabas el coche, después de algún *Rigoletto* mediocre o de alguna descolorida *Sonámbula*.

LUIS. — ¡El Colón! ¡Quién habla de eso ahora!

ALBERTO. — La verdad. Buenos Aires, como todas las grandes ciudades y tal vez más que otras, es olvidadizo y cambiante.

LUIS. — Claro está. Hemos asistido a los espectáculos, buenos o malos, poco importa, de nuestro gran teatro, por simple convencionalismo mundano. Concluido el ciclo de los abonos — par, impar — nada nos interesa de ellos, nada sobrevive.

ALBERTO. — Bien lo sabe la empresa y así nos trata: óperas viejas, artistas mediocres, pésima orquesta...

LUIS. — ¿Y la Barrientos? ¿Y Titta?

ALBERTO. — Eso es para despistar, como en el cuento.

LUIS. — Bah. Deja esas recriminaciones para algún wagneriano *enragé*, para Ojeda o Jorge Cabral.

ALBERTO. — Eliges mal. Jorgito, en su diversidad, encarna precisamente lo que tiene de cambiadizo y de fugaz nuestro mundo porteño.

LUIS. — Cierto. Es la actualidad andando. Desde la llegada de Ortega y Gasset, se pasea con Kant debajo del brazo y habla gravemente de la *Crítica de la razón pura* y del *Paso de los principios metafísicos de la naturaleza a la física*.

ALBERTO. — No hablemos de eso por favor. Prefiero Marquina y su verso amplio y sonoro, con pliegues de capa española.

LUIS. — Veo que te actualizas. Pero apúrate, que ya viene Guitry y pronto será demasiado tarde para discurrir de la Guerrero y de Díaz de Mendoza.

ALBERTO. — No he perdido una sola noche del Odeón.

LUIS. — Has hecho bien. En medio de nuestro cosmopolitismo creciente, necesitamos oír de tiempo en tiempo el grito de la sangre...

ALBERTO. — O su canto.

Cosas que pasan

LUIS. — Necesitamos sacudir el polvo de nuestro materialismo, volviéndonos hacia el pasado romántico y maravilloso, y esas piezas del poeta español que huelen un poco a rancio, si tú quieres, pero en las que se destacan, como en primoroso tapiz, las figuras representativas de la raza, esas piezas... ¿cómo diré?...

ALBERTO. — ¿Infladas?

LUIS. — Sí. Pero *infladas* como las velas de los barcos, que arrastran y que son bellas...

ALBERTO. — Vas a concluir miembro correspondiente de la Real Academia, como Del Solar y Ernesto Quesada.

LUIS. — Preferiría concluir vendiendo, como Pagés, un toro en 50.000 pesos.

ALBERTO. — ¡Adiós romanticismo y capa española! ¿Fuieste a la Rural?

LUIS. — Fuí. ¡Soberbio espectáculo!

ALBERTO. — ¿El discurso de Calderón?

LUIS. — Bueno. Pero prefiero sus discursos diplomáticos.

ALBERTO. — ¿Y a la interpelación sobre la escuela intermedia?

LUIS. — Fuí también. Triste espectáculo.

ALBERTO. — ¿Por?

LUIS. — Por lo insidioso y amargo de un debate que oculta bajo el oropel de una gran cuestión nacional la negrura de rivalidades personales.

ALBERTO. — Es la política. «La democracia, ha dicho Jules Delafosse, es igualadora a la manera de la guadaña. Corta a flor de tierra toda superioridad. Tiene la envidia por consejo y la nivelación como fin.»

LUIS. — Vas a concluir miembro correspondiente de la Academia francesa.

ALBERTO. — ¿No te parece una crueldad inútil interpelar ministros un mes y días antes de su desaparición? ¿Llevarlos a la arena del Congreso, a defenderse...

LUIS. — Morituri te salutant.

ALBERTO. — ...cuando tienen, en esta hora

crepuscular, tantos motivos para estar tristes y desgastados? Moyano se ha adelgazado. Calderón ha perdido mucho de su buen humor viejo-régimen. Sáenz Valiente, ante la idea de retirarse del Ministerio, resuelve retirarse también de la Marina. Se teme que atente contra sus días.

LUIS. — El único imperturbable es Murature. Cuando lo veo tan tranquilo e indiferente pienso en lo que decía La Bruyère: «sólo coloco por encima de un gran político al que descuida de serlo y se convence cada vez más de que el mundo no merece que se ocupen de él.»

ALBERTO. — Y ¿sabes algo de los posibles sucesores? Es el juego del día. Todo el mundo tiene su datito y apuesta por él.

LUIS. — Juego, en apariencia. En realidad es la angustia del día. Todo el mundo tiene su ambicioncita y tiembla por ella.

ALBERTO. — Ardua tarea la del futuro gobierno, frente al apetito agresivo de los que aspiran a entrar en el presupuesto y cuya divisa es: sal de ahí que yo me ponga...

LUIS. — Y frente al apetito defensivo de los que están adentro y cuya divisa es: ¡y suis, j'y reste...

ALBERTO. — Se dicen muchas cosas, se pronuncian muchos nombres: Marcelo Alvear, Fernando Saguier, Julio Moreno, Enrique Larreta.

LUIS. — Es una enumeración tranquilizadora que supone muchas cosas: buena ropa, buena literatura... Es una lista color de rosa.

ALBERTO. — Bien venga después de tanta *lista negra*. Se hacen siluetas como para los noviazgos: *el de relaciones exteriores será un hombre de fortuna, de gran apellido, que haya vivido en Europa, etc.*

LUIS. — Sólo faltaría añadir *que se llama como una batalla* y que tiene la edad de un gran príncipe europeo... Lo que te puedo asegurar es que algunos de los nombres que se pronuncian saldrán. Yo tengo un buen informante y...

ALBERTO. — ¿No digas? ¿Tú también?

LUIS. — Sí. Un viejo radical, de los del Parque. Precisamente come aquí conmigo, esta noche. ¿Quieres acompañarnos? Ahí viene...

ALBERTO. — (Aceptando.) ¿Se ve con Irigoyen? (Ambos se ponen de pie y van al encuentro del recién llegado.)

LUIS. — (En voz baja y con aire misterioso.) No. Pero tiene una hermana casada con un sobrino de un cuñado de un amigo íntimo de Hipólito. (Salen.)



Yo quiero publicar un libro

Reconozco que es mucha pretensión la mía; pero quisiera saber en qué forma, por qué causa, en qué punto cuaja la idea en nosotros, y pasando de lo abstracto, se concreta y entra en el campo de las realidades. Supongamos que este fenómeno tiene gran analogía con la formación de los mundos: la condensación de la nebulosa, que en este caso bien puede ser la condensación de la idea. De ser así, ya tenemos un centro, un núcleo, un punto de partida. Bueno. Y ahora, ¿en qué lugar se posa el núcleo? ¿En qué momento abandona el campo de las abstracciones para entrar en el de las realidades? Estas preguntas me las hago a cada momento, y como las contestaciones no me satisfacen, voy a verme en la necesidad de poner un aviso en «La Prensa» a ver si encuentro un ser caritativo que me saque de dudas.

¡Y es que estas investigaciones metafísicas son asunto bastante más difícil que agarrar un trompo con la uña!

Todo esto viene de querer conocer los orígenes del deseo que ha nacido en mí de publicar un libro. Un deseo fuerte, enérgico, rotundo, obsesionante; especie de imperativo categórico que no me abandona, que pesa como una ley que no admite chicanes. ¿Será un extravío de la imaginación o una necesidad del espíritu? Porque, recién empiezo a darme cuenta que la publicación de un libro ha de ser una cosa medio seria, y yo ni tengo nada importante que decir, ni estoy preparado como esos mozos que están preparados.

Porque un libro... es un libro, amigo. ¡No es juguete! Hace falta ser corajudo para lanzarse ahora, con lo caro que está el papel, a publicar un tomo de doscientas páginas, que hay que llenar con algo que interese; y hoy por hoy, sé muy bien, por observaciones personales, que no se lee más que los telegramas de la guerra, la sección policía y la sección tribunales, para ver que comerciante se ha ido al tacho por falta de plata.

Y es una lástima, porque mi libro sería algo macanudo, algo que seguramente llamaría mucho la atención en las vidrieras bajo el sugerente cartelito «Libro nuevo». Yo ya lo veo paradito no más, presentándose a las inquisidoras miradas de los amantes de las buenas letras, con su tapa elegante, decorativa y sencilla. En ella el símbolo de la obra en dibujo estilizado, muy moderno, muy confuso, muy abigarrado, a tres o cuatro tintas planas, sobrias, de tonos neutros; arriba mi nombre con letras que nadie pueda leer, para conservar el misterio, y las iniciales en rojo escarlata. En la parte inferior del dibujo el título de la obra, también con caracteres ilegibles, detalle importantísimo, porque, ahora, todo lo que es confuso tiene signo de distinción. Ya lo veo como si estuviera hecho, y ¿quieren ustedes creer que me están dando ganas de entrar en la librería y comprarlo como si fuera verdad?

Después de la portada una página en blanco. En la siguiente y en la parte superior, otra vez

mi nombre; en el centro repetido el título, y abajo: «Buenos Aires — Imprenta de Fulano de Tal (el que sea), y el año: 1916». Hasta ahora me parece que no hay nada que observar. ¿Verdad? Adelante.

Después, a la vuelta de la otra página, y en tipo muy pequeño «Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley». Yo no sé que depósito es ese que marca la ley, pero ha de ser algo muy importante, porque lo tienen todos los libros. ¿No será una garantía, en efectivo, para responder de los daños y perjuicios que pueda ocasionar, como obra literaria, al desprevenido lector? En fin, pronto saldré de dudas, porque pienso preguntarle a un amigo que es procurador y ahora reparte «La Nación», por la mañana.

En la página subsiguiente la dedicatoria. ¿Cómo le pondría? ¿Dedicatoria, Pórtico, Introito? A mí me gusta más la palabra «Pórtico»; suena bien y es más clásica, más griega. El Luis XV cayó; se abusó mucho del estilo en los edificios y los muebles, y cayó. Ahora todo es heleno, hasta el heno de Pravia, que anuncian los periódicos españoles.

¿Y el título? ¿Dónde me dejan ustedes el título? Este punto es importantísimo y tengo pensado varios, pero como todavía no sé lo que voy a escribir, tampoco sé por cual decidirme. Los pongo a continuación para que no se me olviden y por si el día de mañana pudieran aplicarse al tema que fatalmente tengo que desarrollar. Uno de ellos puede ser: «El superhombre», y algunos creerán que está escrito por Nietzsche en colaboración con Oyhanarte y lo comprarán a ver lo que dice. Otro: «El secreto del Yum-Yum»; huele a misterio de policía oriental, pero es más propio para una cinta cinematográfica que para un libro. Y por último, a pesar de que sé que se presta para la farra, el que más me gusta a mí es éste: «Arte-facto». Lo van a leer como una sola palabra, ya lo sé, pero no me importa. Lo importante es otra cosa: lo importante es que si al fin me decido y desarrollo un tema de arte, no será muy difícil que me encuentre, después de terminado el trabajo, con que alguien haya tenido la misma idea que yo y salga por ahí otra obra hablando también de arte. Sería una coincidencia que me ocasionaría una seria contrariedad. ¡Un tema tan nuevo y de tanto lucimiento! Pero, se escribe tanto en el mundo, que ¡vaya usted a saber!

Bueno; ahora supongamos que ya está el título, que si no es «Arte-facto», será otro, y sigamos con la presentación del libro. El texto ha de estar compuesto en cuerpo nueve o diez, elzeviriano y con interlíneas para que se lea fácilmente, condición que le hace simpático e incita a la lectura. A más, bastante margen, mucho margen, de modo que las páginas se pasen muy rápidamente. Un signo de suficiencia y con el que pienso deslumbrar es la cantidad de vocablos raros que he de intercalar en el texto y han de entrar quieran que no, pues con ellos ganaré fama

de suficiencia. Vean unas muestras que tengo preparadas y a ver quién es capaz de sospechar, después de leerlas, que soy un ignorante. Gnóstico, eutrapelia, pródromo, aledaño, eubolia, entelequia, introspección, numulario y conticinio. Al final del libro, el colofón, que es el broche con que pienso cerrar la joya, precedido del índice y la fe de erratas. Si por casualidad no las hubiera, las haremos después, por que un libro que carece de fe de erratas revela poco esmero, y que no se ha repasado. Y por último, en el centro de la contratapa un pequeño dibujo con una antorcha, o la cabeza de Minerva o las dos cosas juntas.

Yo confío, — y de ilusiones vivimos todos, — que va a ser un éxito, un verdadero éxito; pero a una cosa me resisto y me resistiré por mucho que me lo pidan. No quiero publicar mi re-

trato; es un detalle que me parece de mal gusto. Y no es porque no tenga fotografía, que la tengo y muy buena, formato salón. En ella aparezco con la frente apoyada en la mano derecha, leyendo un libro, con un efecto de luz a lo Rembrandt, soberbio; el pelo un poco revuelto, y la corbata suelta, artística, parezco un genio o un actor nacional.

Como puede verse, todo, absolutamente todo está minuciosamente cuidado y no falta ningún detalle esencial para llevar a cabo la obra. Vamos, que se cae de maduro. Y ahora, díganme sin andar con vueltas: ¿no es una verdadera lástima que se malogren mis deseos por no tener nada que decir? ¿No es de lamentar que por la pequeñez de tener el cerebro completamente vacío, renuncie a tan nobles aspiraciones? Y por último, si llego a convencerme que todo esto no es más que una manifestación de vanidad para darme corte, exigiendo inútilmente a mi imaginación lo que ella no puede dar, reco-pilo todo lo que ignoro, lo mando a la imprenta y hago un libro que va a ser un exitazo; lo garanto.



Páginas femeninas

«Niñas, deben ustedes a su cuerpo reverencia máxima. Aprendan ustedes las leyes que enseñan a conocerle, y a conservar su belleza y salud. Aprendan ustedes a hacer ejercicio, desear la pereza... acuéstense temprano, jueguen al aire libre, madruguen ustedes como alondras, y canten como ruiseñores.»

(Cartas a las mujeres de España, por G. Martínez Sierra.)

Nunca mejor aplicado este párrafo del admirable libro que he hojeado momentos antes, al hallarle en el correo de la mañana, junto a las interesantes fotografías que han de inspirar el trabajo del día... Sepan ustedes que al sentarme ante la mesa, he de hacerlo siempre con aquella ilusión de la que ambiciona llevar a cabo su tarea, poniendo en ella lo mejor de su espíritu y de su alma, con la desmedida pretensión de conquistar el interés, y hasta la afectuosa simpatía de mis lectoras... pero bien pocas veces me ofrecen las circunstancias tema más atrayente para mí, más cautivador para los que me lean, o los que sólo hojeen indolentemente PLUS ULTRA, y habrán de detenerse a contemplar rostros que, siendo tan juveniles, inspiran mayor interés que por su belleza, por la intensa expresión que parecen irradiar esos ojos tan claros, o tan oscuros...

Pero no crean ustedes en las apariencias, y que hemos de hablar esta vez de poemas o romances: nos llama hoy la vida imperiosa, radiante de luz, henchida de savia generosa: ¡la vida al aire libre, en fin, y los deportes que han de hacer desear a las porteñas, la pereza y el hastío, que han de convertirlas, también, en alondras y ruiseñores!

Merece mención especialísima, entre las fervientes adeptas a los deportes, en nuestra alta sociedad, la señorita Celia Sommer: su fina y aristocrática silueta se desliza sobre



GRUPO DE SEÑORITAS DE NUESTRA ARISTOCRACIA, QUE TOMÓ PARTE EN UNO DE LOS ÚLTIMOS CONCURSOS HÍPICOS REALIZADOS EN LA SOCIEDAD RURAL.



SEÑORITA CELIA SOMMER, UNA DE LAS MÁS ENTUSIASTAS SPORT-WOMAN ARGENTINAS, RECIBIENDO UN PREMIO DE MANOS DEL DOCTOR BENITO VILLANUEVA.



SEÑORITA ALICIA RICHARD LAVALLE QUE CULTIVA CON GRAN ACIERTO LOS DEPORTES DEL YACHTING Y EL REMO.



SEÑORITA RAQUEL ALDAO, VERDADERA MAESTRA EN EL ARTE DE JUGAR AL GOLF.



SEÑORITAS CELIA SOMMER Y MARÍA TERESA GUERRICO, DOS EXIMIAS PATINADORAS.

el hielo del Palais, con giros de golondrina... La mirada de sus negros ojos, parece más profunda aún, bajo el oro de sus cabellos, que oprime la sobria toca de patinadora; cuando creemos verla próxima a nosotros, una rápida «glissade» la aleja como fugitiva visión, que evocara todo el encanto de las leyendas escandinavas, y parecerían inverosímil, que esas manecitas que se nos antojan tan débiles, y que imaginamos han de entrelazarse sólo para abarcar flores de ensueño, sepan dominar con maestría de impecable amazona, el brioso «Bala Fria» elegido siempre por ella para los concursos hípicas, en que ha descollado por su actuación excepcional; baste mencionar, que han sido sus competidores en uno de estos concursos, veintitrés caballeros, en su mayoría militares, y que ella fué anotada en el cuarto puesto; no es, pues, de extrañar, que el doctor Benito Villanueva, a la sazón Vicepresidente de la República, quisiera entregarle personalmente el primer premio, que consistía en un látigo con el cabo guarnecido de rubíes, trofeo que acompaña, como una nota de coquetería femenina, las medallas y copas de plata que la acreditan como invencible amazona.

Al ver, luego, la silueta gentil que viste en nuestra página tan coqueto traje de *soirée*, y cuya actitud entre indolente y soñadora contemplo largamente, parecería aventurado el dato que la acompaña, consagrándola como la mejor jugadora de «Golf» en la Argentina; sin embargo, a todos consta que no hay en los «links» jugadora más diestra, ni más ágil, tan enérgica y tan flexible a la vez... Ha conquistado Raquel Aldao uno de los primeros puestos, entre las aficionadas a diversos deportes; como amazona ha figurado en varios concursos, ocupando sitio muy distinguido al lado de Celia Sommer. Amazona tan intrépida como sus compañeras, es también Alicia Richard Lavalle; pero tienen para ella especial atractivo el «yachting» y el «remo»; tal vez es por esa causa, que su mirada, clara y serena, parece haberse impregnado de tanto cielo...

Negros y profundos, irradiando la dicha de vivir, son los ojos de María Teresa Guerrico, la eximia patinadora, que al lado de Carmen Hunter, ha merecido los primeros premios de patinaje, tanto aquí como en el extranjero, destacándose siempre por la flexible elegancia de sus actitudes, y digámoslo también: por el irresistible encanto de su gracia juvenil...

Y esa gracia sugestiva, que impera en el grupo encantador cuyos rostros iluminaron, para mí, la brumosa mañana de agosto, sería para el ilustre Martínez Sierra, poderosísimo argumento para la eficacia de sus consejos a las perezosas madrileñas...

LA DAMA DUENDE.



La lámpara que está sobre mi escritorio vierte de lleno la luz sobre el papel en que escribo, haciendo más diáfana su blancura; blanca que voy manchando con mi pluma que cargo de tinta, para ir formando estos garabatos que a duras penas tratan de dejar traslucir el estado de mi espíritu.

Todas las almas son páginas en blanco, hasta que las vicisitudes de la vida, con letras de sangre, escriben en ellas lo que no se borra jamás!

«Fulana de Tal», la incógnita de que me valgo me da valor para exponerte el estado de mi alma... la angustia en que vivo ha embotado mis sentidos... ya no tengo presentimientos... el derrumbe es definitivo...

Dice Martínez Sierra: que para el amor cansado se ha inventado una frívola palabra — *olvido* — que no es dolorosa; para el cariño roto no ha podido encontrar palabras con que disfracar el dolor, y se llama: dolor... ni más ni menos...

«Fulana de Tal», amiga mía... deja que te llame así aunque no te conozco, pues nos une en la vida la misma causa: sufrimos... sólo que tú dices, resignada: «¡así es la vida!» Y yo, en un grito de protesta que me sale del fondo del alma: ¡qué injusta es la vida!...

Todo es silencio en derredor mío... sólo llegan a mi oído las notas sueltas de una música alegre que suena sobre mi cabeza en el departamento de más arriba, y aunque me distrae involuntariamente... no disminuye mi tristeza, mi espantosa tristeza... que me agobia, que me aplasta... ¡como si llevara un mundo sobre los hombros! Tú dirás: «¡Así es la vida!» Te consume a ti la tristeza, pero hay otros que son dichosos... y quién sabe si no es una ley de compensación; la alegría que huye de ti porque la pena la vence y la desaloja de tu corazón, busca cabida en otro llevándole tu parte de felicidad...

En nada creo ya, sólo el dolor es la única verdad. El estado normal de las almas es la tristeza... la alegría y el bullicio es fiebre del espíritu.

¡Qué injusta es la vida! ¡Qué triste es la vida! por la que se va sembrando cariños... dejando gotas de sangre en todos los corazones queridos... dando lo mejor de nuestro ser íntimo... apurando con avidez todas las amarguras, para despejar el camino que han de seguir aquellos seres queridos... dejando en la áspera senda pedazos de nuestra carne... quebrando las espigas para que no se hinquen en carne de ellos...

¡Qué injusta es la vida! Esos seres por quienes nos hemos anulado sacrificando nuestras más íntimas expansiones, se vinculan a nuevos cariños más poderosos... más fuertes... Ya no nos siguen, han pasado delante de nosotros... se van... se alejan... el corazón sangrando corre tras ellos... La esperanza, que es la única felicidad, les pone alas... y vuelan siguiendo las ilusiones que nunca serán realidad. ¡Qué no vuelvan jamás la espalda a la vida por temor al porvenir... aunque yo no vea más la luz de sus ojos!...

¿No es desconsolador y desesperante que cuantas razones tengo no sirvan sino para hacermé comprender mi debilidad?... ¡Y mi impotencia para librarlos de amarguras y triunfar de las crueldades de la vida!

«Fulana de Tal», quiero que me enseñes resignación... que resignación es conformidad, y ésta debe traer calma al espíritu...

BETHLÉM.



LA SEÑORA HERRERA DE TORO, CON SARMIENTO, EN SU QUINTA DE SANTIAGO DE CHILE.

Siendo presidente don Domingo F. Sarmiento, fué personalmente a ver a doña Dolores Lavalle de Lavalle, llevándole un álbum, en el que figuraban escritos de don Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López y otras personalidades que debían atenciones a la distinguida matrona chilena doña Emilia Herrera de Toro, figurando también muchas firmas de señoras. Como Sarmiento le pidiera a la señora de Lavalle que escribiera algo, Misia Dolores Lavalle contestó:

— ¿Qué puedo escribir yo al lado de las firmas que figuran en ese álbum?
— Usted tiene mucho corazón, señora... y eso basta — dijo Sarmiento.
Y la distinguida matrona argentina, a quien llamamos cariñosamente «Misia Dolores», escribió la nota que transcribimos, en ese álbum que fué enviado a la señora de Toro, como un homenaje de amistad y cariño de los argentinos.

«Profeso el culto de los recuerdos, y ellos forman una parte de mi hogar. Hoy este está de gala. Viene hasta él el nombre de una noble chilena que fué, en la hora de la desgracia, la amiga y protectora de los argentinos; y ese nombre querido lo pronuncia uno de los más ilustres hijos de mi patria.
Yo debo a Chile toda la gratitud que inspiran las primeras emociones dulces que se experimentan en la vida.

Fué allí donde encontré asilo el cadáver perseguido de mi padre. Fué allí donde su familia halló generosa hospitalidad en los días de la peregrinación, y en los hijos de mi hermana tengo lazos que me unirán siempre a Chile.

Señora: Vos que poseéis todas las virtudes, y que habéis colmado de beneficios a los argentinos que la desgracia y la tiranía arrojaron de su patria, permitid que consagre aquí mi gratitud, haciendo votos porque el Altísimo derrame sus bendiciones sobre los días de vuestra noble vida y conceda a vuestro espíritu la paz serena de los elegidos del Señor.

DOLORES LAVALLE DE LAVALLE.

En mi crónica anterior, lectoras mías, os hablaba de los mil detalles de la vida que constituyen la llamada frivolidad femenina, y os decía que toda mujer debe pensar en ellos y cultivarlos si quiere mantener el fuego sagrado de su hogar.

Hoy me he sentado a escribir esta segunda charla con el ánimo de puntualizar sucesivamente estos detalles de nuestra frivolidad, y no pensé que acudirían tan en tropel a mi pluma luchando por ser los primeros en saltar sobre el papel, ni que formarían tal confusión en mi cabeza, pues difícil me ha sido coordinar las ideas, ordenarlas y darles forma, al menos, comprensible.

Empezaré por las visitas... Las visitas, que fueron en un tiempo el más agradable de los placeres de la vida frívola femenina, se han convertido hoy en el más atroz de los suplicios, gracias a la moda ridícula de nuestros días de recibo, sobre todo de esos «días de recibo con taxímetro», como dice una simpática dama de nuestro gran mundo, que hoy, después de haber estado varios años en Europa, vive entre nosotros, conservando en sus costumbres el sello aristocrático de las grandes casas europeas.

¿Hay nada más ridículo que ese horario establecido para recibir?...
Lunes, de 5 a 7...

Ya se sabe... dos horas de suplicio, de apreturas, de jubileo inaguantable en las que, ni la dueña de casa puede tener un rato de expansión con sus amigas, ni las visitas pueden, a veces, sentarse cómodamente un momento...

Pero en cambio la calle estará llena de coches y con ello el comentario tiene ya comidilla para toda la semana.

Que en casa de Fulana hay tres cuadras de coches... Que la gente no cabía en la sala... Que estaban todas las copetudas...

Todo esto, naturalmente, se lo van a contar «las amigas» a la que más «castellanamente» recibe a sus relaciones todas las tardes, o tiene un día en la semana dedicado a recibir, pero sin hora fija.

¿Por qué esa limitación de tiempo, establecida hace poco en nuestros «días de recibo»? Por pura vanidad; por el simple placer de ver la casa llena de gente.

Casi siempre, estos días de recibo, se combinan a base de teléfono, recolectando gente para que Menganita o Zutanita, que justamente tie-

nen el mismo día de recibo, no vayan a dejarla sin «clientes» para el té.

Y muchas veces, ¡qué té, Dios mío!... En algunas casas se conserva todavía la desagradable costumbre de llevar a la sala el té en bandeja, servido a gusto de los criados... Sencillamente por la eterna hipocresía humana... Porque la dueña de casa no tiene mantelería de encaje, o porque su juego de té no es de plata, mortifica a sus visitas obligándolas a realizar mil equilibrios cada vez que entra al salón una nueva señora. Cuanto mejor es llevar a sus amigas al comedor, por modesto que sea, para ofrecerles allí un té bien servido y a gusto de todas, con lo cual se da una nota de sencillez que ha sido y será siempre una demostración de buen gusto.

Esa sencillez, y esa forma de hacer agradable su casa, la poseen las que han tenido el aprendizaje con sus padres y sus hermanos, que ha de servirles después en el hogar para con sus maridos y sus hijos... Cuando desde temprano se cultivan en una jovencita esas pequeñas obligaciones, que se convierten en base de la felicidad de las mujeres casadas, insensiblemente se acostumbran a adivinar los deseos de aquellos que las rodean. Y si fuera más general que las mujeres supieran «servir té», no se verían las confiterías llenas de caballeros y jovencitos conocidos.

Y ya que han salido a colación los hombres, no quiero terminar esta charla sin hablarlos de otra observación que he hecho en las visitas.

¿Por qué razón en Buenos Aires están excluidos los hombres de los días de recibo?

Pocas son las señoras que en esos días logran ver en sus salones al sexo feo, y no ha faltado, por cierto, el comentario que condena a ciertas hospitalarias damas que, siendo viudas, reciben la visita de caballeros en su casa...

En Europa, la mujer comparte con el hombre sus deberes sociales; en su casa, hace con él los honores en los días de recibo; con él visita, y con él pasea.

¿Por qué, entonces, nosotros, que vivimos imitando la vida europea, y no siempre con acierto en nuestras elecciones, no tomamos esas costumbres, hijas de la experiencia, que practicaron nuestras abuelas y que hoy sus nietas tienen tan echadas en olvido?

ROXANA.



¿QUIERÉ VD. SABERLO?

CLÁSICA. — Me gustaría conocer tu nombre, y entonces aceptaría, para publicar en estas páginas, la carta a que haces mención en tu interesante misiva. Ya ves que todas han dado sus nombres, junto con sus opiniones, en la «encuesta» recientemente publicada. La Guerrero es muy inteligente, creo como tú; y sacará el partido que más le convenga de tus observaciones.

IGNORANTE. — «Plus Ultra» se aceptó para título de la revista, entre la cantidad enorme que enviaron con motivo del concurso que se abrió.

«Plus Ultra» tiene su origen histórico: figura en la condecoración de Isabel la Católica, fundada por Fernando VII de España; se instituyó para premiar a los españoles que hubieran prestado eminentes servicios en los dominios de América. En el anverso de la cruz de oro que forma esta condecoración, y que pende de una corona olímpica, están las columnas de Hércules, con el mote «Plus Ultra», y los dos mundos entrelazados con una cinta cubierta con la corona imperial, y despidiendo rayos en todas direcciones.

Con esta explicación creo que quedará satisfecha tu curiosidad, quedando siempre a tus órdenes,

MARÍA LEBÉM.

Encuesta diplomática

Sra. Mariana R. de Riquelme

ESPOSA DE S. E. EL MINISTRO DE BÉLGICA.



Pregunta. — ¿Qué fué lo que más le impresionó a su llegada a Buenos Aires?

Respuesta. — Llegué a Buenos Aires el 1.º de junio de 1907. No existía entonces la Plaza del Congreso, como tampoco el teatro Colón, ni la actual tribuna del Hipódromo, ni otras muchas cosas. Sin embargo, me causaron una gratísima impresión la suntuosidad de los edificios, el aspecto animado de la Avenida de Mayo, y sobre todo, la suprema elegancia de la sociedad porteña en las reuniones hípias, lo mismo que en el teatro de la Opera.

P. — ¿Qué cualidad o qué virtud le parece a usted que caracteriza a la mujer argentina?

R. — Son muchas; pero, ya que debo resumirlas en una sola, diré: un gusto exquisito en todo.

P. — ¿A qué mujer, de los países que usted conoce, se asemeja más el tipo de mujer argentina?

R. — Me parece que el verdadero tipo argentino está todavía en formación. Hay mujeres aquí que hacen pensar en la Andalucía; otras en Roma, otras en París...

P. — ¿En qué ramo de la actividad le parece a usted que la mujer argentina coopera con más eficacia al progreso de la Nación?

R. — Los progresos materiales de un país se deben, por lo general, a la actividad de los hombres. Creo, sin embargo, que la mujer argentina, por su admirable dignidad, en la buena como en la mala fortuna, sostiene muy alto el nivel moral y coopera, por lo tanto, muy eficaz, aunque indirectamente, a la obra económica y social del hombre.

Sra. Frigolita E. de Villazon

ESPOSA DE S. E. EL MINISTRO DE BOLIVIA.



Pregunta. — ¿Qué fué lo que más le impresionó a usted a su llegada a Buenos Aires?

Respuesta. — El hermoso edificio del Congreso y los bellos paseos de Palermo.

P. — ¿Qué cualidad o virtud le parece a usted que caracteriza a la mujer argentina?

R. — Su distinción y amabilidad en el trato social, acompañadas de su belleza.

P. — ¿A qué mujer, de las que usted conoce, se asemeja más el tipo de la mujer argentina?

R. — El tipo de la mujer argentina es especial, parecido, en su elegancia y gracia, a la parisiense.

P. — ¿En qué ramo de la actividad le parece a usted que la mujer argentina coopera con más eficacia al progreso de la Nación?

R. — En el ramo de instrucción, de educación moral y de beneficencia; trabaja con toda abnegación, y su entusiasmo es admirable en lo que se relaciona con obras de caridad.

Sobre la divina arquitectura de Nuestra Señora de París, cierto día nefasto, un aeroplano alemán dejó caer una bomba. Se habló entonces de grandes destrozos. Yo he querido ahora confirmar directamente, por mis propios ojos, la calidad y la importancia de los perjuicios reales. Pero la divina catedral, más fuerte que las bombas, está ahí como nunca, indemne, perfecta, arrogante.

No sé dónde cayó la bomba germana; no ha dejado rastro de su acción homicida. Las dos torres gemelas de la catedral se alzan como siempre retadoras, ante los hombres y el tiempo, como siempre bellas e insuperables. Los santos de piedra que decoran el pórtico hacen como siempre sus gestos piadosos. Ninguna piedra se ha movido. Nuestra Señora de París está en salvo. Y al confirmar este hecho, ¿podré ocultar a mis lectores que he sentido una alegría filial, una emoción de agradecimiento y de esperanza?

He penetrado en la catedral con una unción y un respeto más grandes que otras veces. ¡El peligro!... La reliquia gótica ha estado en peligro; lo está todavía. Y esta idea del peligro inminente hace más querida la joya medioeval. ¡Que no la ultrajen las bombas! ¡Que pueda una mano milagrosa desviar el hierro de la guerra!...

Pero al entrar en el templo, una sensación extraña se apodera de mí. ¿Me habré hundido tal vez en una catácumba?... Todo está oscuro como un subterráneo. Los altares carecen de luz, las velas yacen apagadas, los cirios no existen. Por los ventanales de los muros, a través de las vidrieras policromas, penetra una débil, una vaga claridad, y esto es todo. No es mucho,

ciertamente. El cielo brumoso de París hace esfuerzos por arrojar un poco de luz sobre las naves de la catedral; un poco de luz tímida, que presta al templo una penumbra misteriosa y poética.

Sólo en un sitio se ven luces, cirios y lámparas. Frente a una imagen de la Virgen, en una especie de trípode, los fieles acuden a encender velas votivas. Las vende una mujer. Y los fieles, silenciosos, gravemente, después que han encendido su vela votiva, rezan un momento y desaparecen.

Yo miro esas velas encendidas, y al mirarlas se estremece mi corazón... ¡Cada una de esas velas representa un muerto, o un herido, o un prisionero, o un soldado que espera su suerte en el hoyo fangoso de una trinchera! Allá lejos, en el norte, los seres queridos se comunican con la muerte; la Señora Muerte ronda entre los batallones, escogiendo a este hoy, mañana al otro. Y mientras los soldados están allá lejos, las madres y las hermanas, los padres y los hijos no saben qué hacer para ahuyentar a la Señora Desgracia. No pueden, con sus débiles manos, desviar la bala, ni alejar del pecho querido la punta de la bayoneta; no pueden alejar la enfermedad, la fiebre, el delirio, del pobre cuerpo amado. Entonces recurren a lo milagroso. Y encendiendo un cirio, en la sagrada penumbra de Nuestra Señora, se imaginan que alguien, invisible y todopoderoso, podrá proteger la vida del soldado...

Dos hombres, entretanto, se acercan al pequeño altar. Visten el uniforme de la infantería francesa. Son soldados, induda-

blemente... Pero hace falta retener la vista en sus uniformes, para cerciorarse bien de su condición marcial. Ahora son soldados, porque la patria lo ha querido; pero antes de la guerra fueron sacerdotes, o frailes. Nada tan chocante como ese uniforme militar, en unos hombres de aspecto tan dulce, tan grave, en unos hombres de catadura tan mística. Se han dejado crecer las barbas, y esas barbas rubias y finas, que ellos pensaron que habrían de proporcionarles un poco de

do de un personaje: ¡Quasimodo!... El monstruoso enano de Víctor Hugo renace de su tumba fantástica y vuelve a vivir, en mi imaginación, una nueva vida fantástica. A cada momento me figuro que ha de levantarse a mi lado, melancólico y grotesco, rodeado de sus amigos.

¿No recordáis?... Los amigos de Quasimodo eran esas innumerables esculturas que pueblan las torres, las cornisas, los aleros y los arbotantes de Nuestra Señora. Todas esas esculturas las contem-

pló yo ahora en mi alrededor. Son imágenes de santos, de vírgenes y de querubines. Forman una población de piedra que vive en el aire, y que aquí arriba mantiene sus coloquios divinos con arreglo a una jerarquía celestial. Una virgen de mármol hace señas a un ángel; un santo platica con un ermitaño. La parte alta de Nuestra Señora tiene así una vida intensa que se manifiesta, por virtud del arte, bajo el palio del cielo y bien lejos de la otra vida habitual, transitoria, que corre por las calles.

Pero entre los santos, las vírgenes y los evangelistas, sobre la techumbre de Nuestra Señora bulle una multitud extraña, una población quimérica y febril, que los artifices medioevales dejaron ahí como de capricho, como de contraste o burla.

¿Qué hacen ahí esos monstruos de piedra, representantes de las más horribles sugericiones? La imaginación antigua les ha dado el horror de una noche de fiebre. En el ángulo de una cornisa vemos de repente levantarse un animal fabuloso; tiene aspecto de lechuza o de águila; pero no es águila realmente, no es una lechuza; un manto monacal le da apariencia de vieja... Más lejos, dominando la plaza, se asoma un demonio, con su testa cornuda y su boca crujiente... Otra quimera de piedra está en actitud meditabunda; se le ha dado el apodo de «El Pensador»...

Y esas figuras extrañas, que contemplan la ciudad desde el fondo de los siglos; esos monstruos de piedra que han visto sucederse las glorias y los crímenes de los hombres; esos habitantes de las cumbres de Nuestra Señora, tienen hoy, en este momento esencial, no sé qué significación profunda y palpable... ¡Ante la locura de los hombres y ante el terror del París amenazado, los monstruos de piedra de Nuestra Señora adquieren vida real y se suman a la existencia cotidiana! ¡Mientras los hombres enloquecen, el demonio de piedra, llamado «El Pensador», piensa, en efecto, con una sabia meditación de siete siglos, que la humanidad permanece idéntica a sí misma, y que el hombre, sea con ballestas y lanzas, o sea con cañones del 75 ó del 420, siente una invencible voluntad de destruirse! ¿Para qué? ¿Por qué?... ¡Oh, enigma tan eterno como irresoluble!

París, 1916.





FIN DE ESTACIÓN

DISOLUCIÓN DE SOCIEDAD
POR CESACIÓN DE NEGOCIO

DIBUJO DE ALONSO



EL NUEVO ENVASE PORRON PARA ACEITE DE OLIVA

(PATENTE EXCLUSIVA DE LA CASA JOSÉ BAU)

EL ACEITE ESTÁ ENCERRADO EXENTO DE AIRE.-CADA PORRÓN ESTÁ LLENO POR COMPLETO DE ACEITE.

HIGIENE Y ECONOMIA

Significa una evolución importantísima en beneficio de los consumidores de aceite fino de oliva, la creación de este nuevo envase (Porrón) que resuelve de golpe las dificultades y deficiencias que todos encuentran en los envases más o menos cuadrados.

LA ECONOMÍA E HIGIENE DEL ACEITE ENVASADO EN PORRONES, en vez de en latas comunes, fácilmente se demuestra:

Las latas comunes, por el hecho de no terminar en cúspide, no pueden ser llenadas, haciendo el vacío de aire; contienen, por lo tanto, aceite en contacto con aire encerrado.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, no pueden vaciarse completamente, siempre queda un gran desperdicio de aceite en el ángulo correspondiente al orificio practicado para abrir la lata.

Las latas comunes, por el hecho de no tener cúspide, contaminan el aceite así que se abren, porque la superficie es plana y caen sobre ella materias extrañas (en la cocina o en la despensa), y cuando se sirve el aceite, se contamina más o menos con dichas impurezas.

Hasta el aceite de botellas ofrece la desventaja de que la persona que toca el tapón con las manos o que lo deja impropriadamente en cualquier parte, al meterlo para tapar la botella, contamina la parte interior por donde tiene que pasar después el líquido.

CON EL TAPON PATENTADO DEL PORRON BAU, se garantiza la pureza del aceite hasta la última gota de su contenido, por cuanto no se puede meter la tapa dentro del gollete: lo cubre externamente (tapa por afuera).

NO SE ENCIERRA AIRE Y ACEITE DENTRO de los porrones, porque cada envase se llena íntegramente y se cierra después de practicado el vacío. La enorme ventaja de aislar el aceite del aire, es el fundamento más esencial de este invento de la casa Bau.

NO QUEDA UNA SOLA GOTA DE ACEITE EN LOS PORRONES VACÍOS, porque, rematando en cúpula cada envase, se desliza hacia ella hasta la última gota de aceite.

NI EL HOLLIN, NI EL POLVO, ningún cuerpo extraño, ninguna impureza puede entrar en los porrones de aceite Bau, porque resbalarían por la cúspide y por la parte de afuera de la tapa.

NO SE CHORREA ACEITE, no se pierde aceite como en las latas comunes, porque, gracias a la disposición de la cúspide del porrón y de su boca, el aceite sale sin correrse y sin derramar.

PÍDANSE PROSPECTOS EXPLICATIVOS.

NO SE HA AUMENTADO EL PRECIO.

El costo de cada porrón vacío, es igual al costo de la lata común y, por lo tanto, la casa José Bau entrega el aceite en porrones a exclusivo beneficio de los señores consumidores, sin el menor aumento de precio.

DE VENTA EN TODA LA REPÚBLICA. PÍDASE POR SU NOMBRE: "PORRON BAU".

Agencia del aceite "Bau", en Buenos Aires

Freixas, Urquijo y Cía. - B. Mitre, 1411

*Jatmin
del
Pais*



"LA COURONNE"
PARIS ET LONDRES
EXTRACTO
LOCIÓN
POLVOS

EL VOTO FEMENINO EN FINLANDIA



Las sufragistas británicas y norteamericanas, que tanto lucharon por la conquista del derecho electoral, deben tenerles envidia a las mujeres finesas. Sin incendiar castillos señoriales, romper vidrieras, detener caballos matando jockeys, apedrear presidentes del consejo y otras hazañas del bello sexo sajón, las señoras y señoritas del Gran Ducado consiguieron ese ideal femenino. Y conste que tal progreso, si progreso es el acto de elegir representantes, fué logrado bajo la soberanía de un poder casi despótico: el del zar. La libre Inglaterra y los libérrimos Estados Unidos se opusieron siempre al movimiento feminista.

En el Reino Unido, como en los demás países ahora beligerantes, la guerra ha influido mucho en favor de esa cruzada. Cuando se esperaba que las mujeres no sabrían más que llorar, ellas demostraron suficiencia y preparación para labores reciamente varoniles. Terminada la guerra veremos lo que conquistaron en definitiva. Los resultados de esta conquista tal vez nos asombren.

Desde 1905 las finesas acuden a los colegios electorales del Gran Ducado, y, como si se tratara de una sencilla visita a un magazine de moda, depositan su voto en la urna. Así, cumplidas sus 28 primaveras, cooperan a la elección de los miembros que componen el Parlamento Nacional donde hay representantes de los cuatro estamentos o estados: la nobleza, el clero, los burgueses y los labradores.

Todavía no consiguieron, sin embargo, que entre esos 200 diputados haya «diputadas». Electoras, mas no elegibles, las finesas tienen, por lo menos, la seguridad de que influyen directamente en los destinos de su país.

No sabemos si en el Gran Ducado, como en otras partes, habrá tan poco interés entre los hombres por el ejercicio del sufragio.

Quizás también se dé el caso raro de que voten las mujeres en donde el sexo feo sepa, quiera y merezca votar.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares)	\$ 3.— m/n.
Semestre (6)	» 6.— »
Año (12)	» 11.— »
Número suelto	» 1.— »

EXTERIOR

Año	\$ oro 5.—
Número suelto	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



 Pabst 

Es el tónico insuperable en que se concentran las más altas cualidades nutritivas. Es un alimento líquido de pureza extraordinaria que no exige esfuerzos digestivos. Es la robustez de la madre que cría; la salud del convaleciente, la fuerza del débil...

Eso es PABST



OLLA DE BARRO ENGREDADO, DE ARMONIOSA DECORACIÓN Y VISTOSO COLORIDO.

MÉJICO
■ ■
CERÁMICA
ARTÍSTICA



OLLA DE BARRO ENGREDADO, DECORADA EN RELIEVE, EN ROJO, BLANCO Y NEGRO SOBRE FONDO AMARILLO.



ELEGANTE VASIJAS DE RICA ORNAMENTACIÓN.



TINAJA DE «BARRO DE OLOR», DECORADA A LA MANERA PRIMITIVA.



«CÁNTARO DE OLOR», CARACTERÍSTICA VASIJAS CON DECORACIONES AZTECAS.

Jabón

TINKAL

de fama universal

EMBELLECE
Y PERFUMA
EL CUTIS

¿Por qué no lo prueba
usted?

Estos botellones, estas tinajas, estos trastos de barro que hay en casi todas las cocinas mejicanas, estos «jarros de Guadalajara» son los vasos de tierra cocida mejor decorados del mundo, y en cuestión de buen gusto, de calidad de materia, de fantasía y de carácter, sólo los chinos los superan. En Tonalán hay un arte nacional sui generis que, según dice un colega mejicano, no saben allí estimar ni comprender.

La cerámica tonalteca — es necesario no confundir estos vasos de tierra cocida hechos en «el lugar por donde sale el sol» (eso quiere decir Tonalán) con los adefesios que venden en Tlaquepaque, ridículas imitaciones de la cerámica europea — la cerámica tonalteca es realmente una admirable manifestación del robusto y multiforme sentimiento artístico de la vieja raza azteca que puede enseñar a pueblos muy civilizados a fabricar vasijas de barro maravillosamente decoradas.

Por la abundancia de materiales y la facilidad de su extracción, la cerámica fué la primera forma del arte en todos los pueblos de la tierra. Platón afirma que la manufactura de vasos de tierra, cocidos al sol o al fuego, fué la primera industria humana. En efecto, en todos los pueblos primitivos se encuentra invariablemente el arte de hacer vasos, como una de las primeras manifestaciones de la inteligencia.

En los países donde la civilización llegó a un alto grado de desarrollo, los vasos pintados fueron un objeto de arte. En Grecia constituían el premio que se adjudicaba a los vencedores en las carreras de carros o de caballos; el objeto cambiado entre huéspedes ilustres; la marca de alta distinción de soberano a soberano. En la vida de todos los pueblos, la cerámica ocupó siempre un lugar prominente; pero en ninguna parte como en China llegó, y se ha conservado, a tan alto grado de perfección. En Méjico, los artefactos de tierra cocida tuvieron una gran importancia entre los aztecas y tolteques, como puede verse por los ejemplares que se conservan en el Museo Nacional de aquel país y en las colecciones particulares.

Hoy se cultiva en los Estados de Puebla, Oaxaca, Guanajuato y Jalisco, el arte de hacer vasos pintados, y tanto desde el punto de vista industrial, como desde el punto de vista artístico, la producción es muy notable.

Tonalán es el pueblo más antiguo del valle donde hoy se asienta Guadalajara. Próspero y rico hasta la llegada de los españoles, hoy sólo conserva su industria de tierras cocidas. Construido en la parte más elevada de una loma aislada por grandes barrancas, carece casi por completo de agua, hasta para

los usos domésticos. Cuenta con 3.500 habitantes. Todos hacen y decoran exclusivamente vasijas de barro. En el verano cultivan sus tierras, que son propiedad comunal. Los tonaltecas son sobrios, trabajadores, pacientes y sumamente corteses.



CASA VACCARO

Establecida en el año 1885. - Es la casa más acreditada de la República, en las operaciones siguientes: Cambio general de moneda; Compra y venta de Títulos de Renta, nacionales y extranjeros; Cobranza de cupones; Lotería Nacional y toda comisión bancaria que se le encargue. Correspondencia a Severo Vaccaro - Avenida de Mayo, 646, Buenos Aires.



La Giralda

(Comercio de Modas - Sociedad Anónima)

Ropa elegante para
señoras y niños.
Precios moderados.

Carlos Pellegrini, 539
Buenos Aires



La palabra «EXCELSIOR» significa:

La mejor en «Incubadoras».
La mejor en «Aves de raza pura».
La mejor en «Huevos para empollar».

La mejor en «Remedios para Aves».
La mejor en «Alimentos para pollos».
La mejor en «Implementos para Avicultores».

EXCELSIOR ha sido durante 30 años, es, y seguirá siendo, el primer Establecimiento de Avicultura moderna en la República. Los descendientes de sus aves se encuentran en todas las Exposiciones en primera fila. Fida el libro explicativo e ilustrado, enviando 50 centavos en sellos de correo, a ALEJANDRO REINHOLD, Belgrano, 451, Buenos Aires.



Vinos

TIRASSO

los mejores de
producción nacional



“LA POUPEE”

CERRITO, 122 — Buenos Aires

Ha tenido un éxito colosal con la creación de su faja para embarazo, riñón flotante, operada, eventración, etcétera, hasta el extremo de ser recomendada a las señoras por las principales eminencias médicas de la capital.

Solicita correspondencia del interior y atiende por teléfono. Unión Telef., 3958 (Libertad).



Muebles

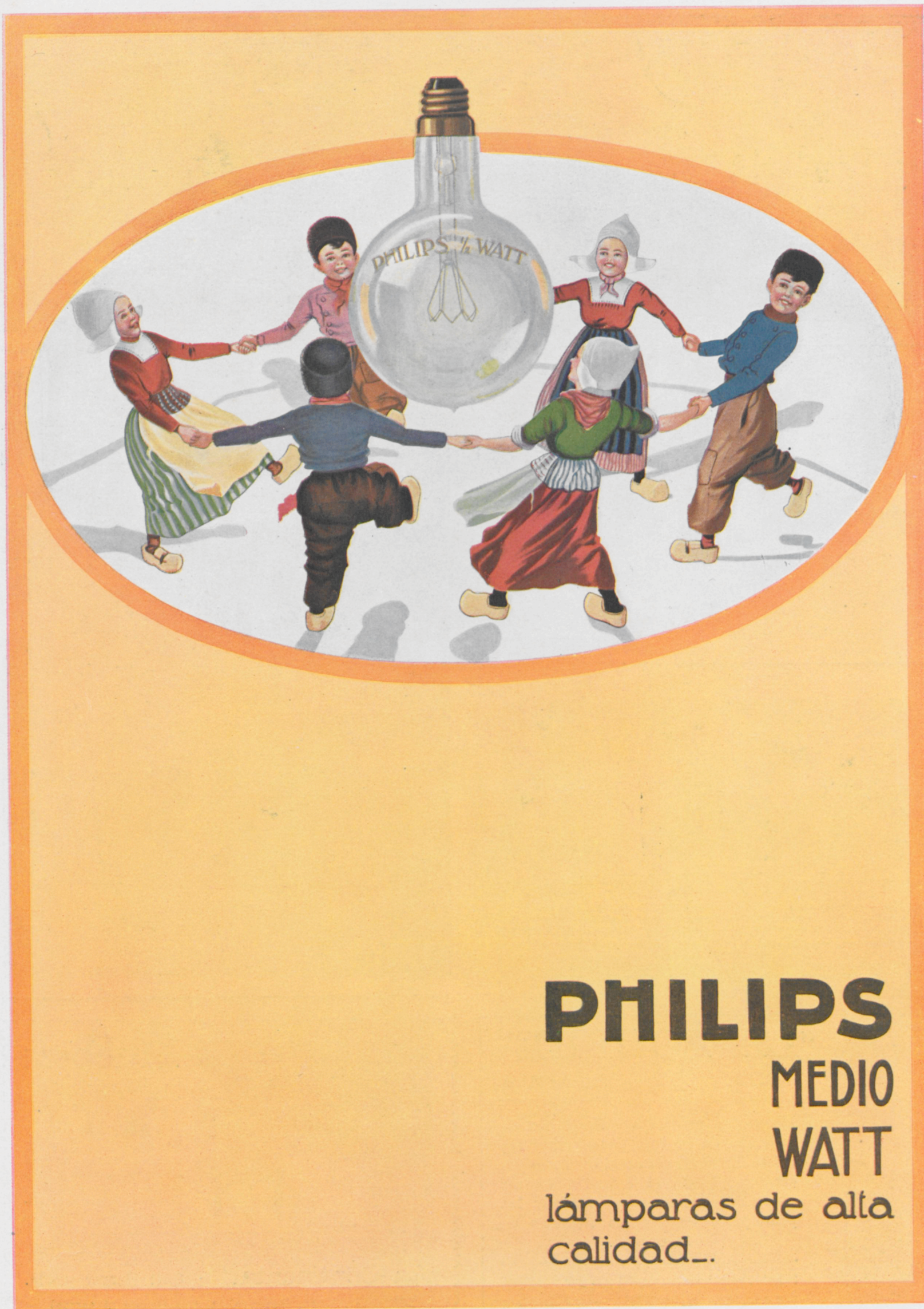
norteamericanos
para escritorios.

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios, Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

“La Continental” - Curt Berger y Cía.
BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



PHILIPS

MEDIO WATT

lámparas de alta
calidad..

